



©Comfama

Cuentos:

©Estudiantes de Caicedo, Antioquia

Ilustraciones:

©De los creadores

Coordinación editorial: Comfama

Impresión: Apotema S.A.S.

Primera edición: Mayo de 2019

ISBN: 978-958-5557-08-6

Impreso en Colombia

Comfama

[www.comfama.com](http://www.comfama.com)

Central de llamadas de Comfama 360 70 80

Twitter: @comfama

Agradecimiento especial a los profesores y estudiantes que creyeron en este proyecto.

## AGRADECIMIENTOS

Como estudiantes campesinos de las veredas de El Encanto, El Chochal y El Hato, del municipio de Caicedo - Antioquia; agradecemos infinitamente a COMFAMA por haber creído en nosotros, en nuestro talento y capacidades como escritores; pues sabemos que publicar un libro así sea de cuentos, en un país como el nuestro, además de ser costoso es una labor muy difícil ya que las casas editoras no se arriesgan a invertir en algo que no resulte económicamente rentable.

También, queremos agradecer muy especialmente a María Luisa Restrepo Arango, sin cuyo concurso nuestra creatividad y esfuerzos tal vez hubieran seguido engrosando las innumerables historias y cuentos “anónimos” de nuestra rica tradición oral; o tal vez, como simples palabras desparramadas en hojas de cuaderno que más tarde nuestras madres utilizarían para encender el fogón de leña en esos fríos días de invierno en que la madera amanece mojada y hay que ayudarla a secar con hojas de periódico o canastas de huevo recicladas, para poder que encienda y hacer el “despache” que consumiremos aunque sea frío, en medio de los cafetales de nuestras veredas.

María Luisa y su hija Violeta, fueron las primeras personas que creyeron en nosotros y, por ende, las que hicieron de puente para que COMFAMA publique esta pequeña obra que para jóvenes rurales como nosotros significa más que un premio Nobel.

De corazón mil y mil gracias y que el éxito, al igual que la fragancia y el aroma de nuestros cafetales, jamás desaparezca de sus vidas.

Estudiantes campesinos de Caicedo, Antioquia  
Noviembre de 2018



## CONTENIDO

Ataneo y su reflejo .....	9
Bajo la sombra de los guamos .....	14
Cambios externos .....	16
Colombia es pasión .....	19
¿Cuánto pesa la sombra? .....	26
El alma de los animales .....	30
El apostador .....	34
El comején ilustrado .....	39
El corazón de la roca .....	43
El gusano que quería ser mariposa .....	48
El río que corría para arriba .....	51
El segundo mejor amigo del hombre .....	53
¡Han secuestrado a mi muñeca!... ..	55
La guerra suma, la paz resta .....	66
La inmortalidad de la vida .....	70
Lo que nos hace diferentes .....	74
Que viva el machismo .....	77
Recuperando las garras .....	82
Salvado por un tamal .....	87
Sueños al galope .....	95
Tito, el gusano feliz .....	97
Un cambio inesperado .....	99
Un pato con dos patas .....	104
Una propuesta anodina .....	105
Viviras violeta .....	109



## **Cuentos que no cuentan**

Historias de jóvenes campesinos de  
Caicedo, Antioquia





## ATANEO Y SU REFLEJO

(Febrero 3 de 2018)

**Autora:** Francela Palacio Rueda  
Vereda El Encanto - Caicedo, Antioquia

Como sucede con muchos jóvenes del país que lo poseen todo, Ataneo no fue la excepción de la regla; y un día que salió de una fiesta con sus amigos, aunque estaba borracho, irresponsablemente se subió a su auto y cuando volvió en sí, estaba en la cama de un humilde hospital de pueblo, a donde lo habían ingresado de urgencia sus amigos, pues habían chocado contra un árbol y el auto después de dar una vuelta campana había ido a parar al fondo de una cuneta fangosa; aunque los compañeros declararon a la policía que una vaca se les atravesó y fue imposible esquivarla.

¡Pero por mucho que se esforzó en abrir los ojos y estregárselos con fuerza para limpiárselos, Ataneo no logró ver nada!.

—¿Qué me ocurre? —preguntó en voz alta por si alguien se encontraba a su lado.

—Ha sufrido un accidente —le contestó una voz femenina que no pudo identificar.

—¿Y se puede saber dónde estoy? —volvió a preguntar.

—En el hospital —respondió la voz nuevamente.

—¿Y quién es usted?

—La enfermera del hospital.

—Y mis amigos? —preguntó aún más nervioso.

—Están rindiendo declaración a la policía, le contestó la

enfermera.

—¿Es que se han vuelto locos? —estalló Ateneo incorporándose violentamente en la desvencijada camilla.

—Calma, calma —le susurró diligentemente la enfermera mientras le ponía una mano en el pecho y otra en la espalda— no se puede levantar porque se le puede complicar aún más su problema de visión.

—¿Qué ha pasado con mis ojos? —gritó desesperado Ateneo.

—Ha perdido momentáneamente la visión —le respondió la enfermera.

—Pero si yo estoy bien y no me he quebrado ni un hueso, ¿por qué dice que he perdido la visión momentáneamente? —preguntó Ateneo cada vez más exaltado.

—Señor, aunque no le pasó nada en el resto del cuerpo, usted sufrió un grave traumatismo en la cabeza y el área de la visión parece que fue el más afectado.

Aunque la enfermera no le dijo toda la verdad, Ateneo, que era un universitario, comprendió en ese momento que su mundo se tornaría oscuro para siempre.

—Gracias a Dios tengo amigos y ellos me podrán ayudar con lo de los estudios —pensó Ateneo; pero pasadas las pesquisas del caso, sus amigos no se hicieron presentes en el hospital, y como se encontraba estudiando en una ciudad diferente a la de su familia; del hospital tuvieron que enviarlo en una ambulancia a su residencia.

A los pocos días, sus padres se hicieron presentes y luego de pedirle que se volviera con ellos, se negó rotundamente argumentando que él por el hecho de ser diferente no podía echarse a morir, que debía seguir su vida evitando cambios drásticos como el aislamiento; algo que sus padres les pareció una buena señal pues todo indicaba que su hijo no había perdido las ilusiones. ¡Pero se equivocaba, pues después de varios meses del accidente, sus amigos jamás volvieron a

aparecer y mucho menos se ofrecieron a facilitarle las notas, a estudiar con él, o a llevarlo y traerlo de la universidad.

De ahí en adelante Ateneo, pasó por todas las etapas de negación por las que generalmente pasa una persona que se cree excluída: depresión, abandono, alcoholismo, agresividad hacia la familia y la sociedad, intentos de suicidio, etc. De su cumbamba empezó a crecer una descuidada y desordenada barba, se negaba a bañarse, cambiarse de ropa, cepillarse los dientes ¡y hasta saberse observado por sus padres lo encolerizaba!

—Solo acepto a la luna conmigo —eran sus únicas palabras.

Y es que como había sido un joven bohemio, la luna que siempre estuvo presente en todas sus celebraciones y festejos; se convirtió en su única amiga y confidente.



Al cabo de varios meses y después de aceptar volver a su casa paterna, Ateneo pidió que lo dejaran caminar solo por los alrededores de la casa, luego por el barrio y por último pidió que lo llevaran a la finca que tenían en tierra caliente.

—“Se me ha olvidado tu cara y la mía también” —le decía en voz baja a su amiga— ¿por qué no me permites verte aunque sea una vez y de paso verme también a mí? Mira allá cerca a los guaduales hay una poza... ¿qué tal si te reflejas en ella y conversamos en secreto? —repetía una y otra vez; pero poco a poco empezó a darse cuenta que tal vez se estaba volviendo loco y la sola idea lo hacía estremecer.

Una noche de luna clara, Ateneo se tiró boca arriba “mirando a su amiga”, y entonces experimentó lo que tanto le había pedido: se quedó dormido y la luna lo llevó a la azulada poza y le pidió que se arrodillara, luego una luz blanca invadió el lugar que lo hizo cerrar sus ojos por unos segundos; pero al volverlos a abrir vio a su amiga reflejada en el azul del agua, radiante y más hermosa que nunca; y junto a ella su descuidada y desaliñada figura...

Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas: ya no era aquel bello y apuesto joven que causaba suspiros y rencillas entre las chicas de la universidad; —¿qué pensaría su amiga de su nueva apariencia? —pensó en fracciones de segundo.

Sin pensarlo dos veces, se levantó y salió corriendo como si jamás hubiera perdido la vista, y solo pudo recobrar la lucidez cuando las frías aguas de aquella poza le cubrieron el cuerpo.

—He soñado otra vez lo imposible —pensó para sí mismo.

Sin embargo, cuando recobró todos sus sentidos comprendió que su amiga le había hecho entender que no era diferente, que sencillamente tenía una condición especial, que una condición física o una forma de ser o pensar, no nos hace diferentes sino únicos; y que si la humanidad eliminara todas esas “unicidades” de la faz de la tierra, el mundo acabaría

uniformado e inmediatamente las culturas, los idiomas y todas aquellas pequeñas pero grandes diferencias que nos hacen especiales llegarán a desaparecer; ¡entonces la vida perdería su sentido y encanto!

Esa noche, llegó a la conclusión que su vida había sufrido un cambio drástico, que ser diferente no es ser raro ni extraño, es observar el mundo con otros ojos... ¡Y comprendió que por fin había visto el mundo como era. Qué ciego había estado antes, no ahora!

**Fin**

## BAJO LA SOMBRA DE LOS GUAMOS

**Autora:** Francela Palacio Rueda  
Vereda El Encanto – Caicedo, Antioquia

Cuentan que una vez los animales se reunieron en el bosque para tomar una trascendental decisión: talar los guamos porque producían demasiada hojarasca, y su tupida sombra además de que arruinaba el aspecto que debía tener el bosque, interrumpía el paso de los rayos del sol.

Aquel día, los animales más grandes dirigieron la reunión:

—No tenemos donde asolearnos, y si salimos a campo abierto nos matan los cazadores —decían los tigres, leones, elefantes, y todos los gigantes de la selva.

—¿Y a quién le importa un guamo más o un guamo menos, si sus frutas insignificantes apenas se las come uno que otro mico?, agregaban otros.

—Son muy quebradizos y con un leve estornudo del viento ya tienes una mortífera rama sobre tu lomo —concluyeron las enormes bestias ese día, poco antes que se hiciera la votación final; que como era lógico pensar acabó convirtiendo en leña a los humildes guamos.

—¡Porque para leña no les gana nadie! —festearon todos en medio de carcajadas.

Sin embargo, después de la votación, los cafetales comenzaron a llorar; y un murmullo tímido y pequeño se dejó sentir a ras del piso húmedo del bosque: ¡eran los animales más pequeños de la selva que se beneficiaban de los guamos.

—Lo que nos faltaba —dijeron las enormes bestias que habían precedido la asamblea— ¡que nos ahogemos en un mar de café!

—Ni el llanto negro de los cafetales ni la infeliz vida de una lombriz, pueden ser más importantes que el bienestar que experimenta un león después de haber hecho la siesta en una tarde de sol —argumentó el rey de la selva.

Pero los animales pequeños no estaban dispuestos a perder la benefactora sombra de sus amigos; y acordándose que la unión hace la fuerza, las abejas que aprovechan su néctar, las hormigas que se resguardan bajos la colcha de hojas que estos depositan sobre el piso y los miles de pequeños insectos que tienen como casa su follaje, su tronco y el microclima húmedo y sombrío que los guamos fabrican; montaron guardia alrededor de sus troncos y cuando los animales grandes quisieron talarlos, estos los atacaron y desesperados por las picaduras de abejas, zancudos, gorgojos, hormigas y demás insectos a los que no se puede atacar por su diminuta contextura o porque tiene alas y se escapan; ¡no les quedó otra solución que correr en estampida!

Desde entonces, los animales grandes comprendieron que en el bosque no solo mandan ellos, y que todos los seres que en él habitan tienen derecho a un espacio que les permita vivir. También se convencieron que el guamo no es un árbol inservible, que es útil a muchas otras criaturas del bosque y que inclusive los cafetales no podrían vivir y rendir al máximo sin su colaboración; que las cosas que aparentemente no sirven lo que están es mal aprovechadas... ¡Y a partir de ese momento comprobaron que “bajo la sombra de los guamos” vive un mar de pequeñas criaturas, que no por ser diminutas dejan de ser importantes y respetables.

**Fin**

## CAMBIOS EXTERNOS

(Enero 30 de 2018)

**Autora:** Ana Cristina Montoya Serna  
Vereda El Encanto - Caicedo, Antioquia

Bolita y Capricho eran dos nubecitas muy esponjosas a las que les gustaba jugar y divertirse mucho. Las pequeñas permanecían siempre de una blancura impecable, lo cual se justificaba por su corta edad, ya que aún no habían definido su color y como siempre estaban de buen humor, no acumulaban lluvias, relámpagos ni truenos en su interior... ¡y mucho menos maldad!

En cambio, otras nubes mayores hechas girones por ventiscas y tormentas antediluvianas, se habían convertido en negros y amargados cirros que tachonaban el cielo con sus espectrales figuras.

Un día que las nubecitas estaban observando el trabajo de las nubes adultas, se les vino a la mente la pregunta que se hacen todos los seres cuando están por volverse adultos:

—¿En qué vamos a trabajar cuando seamos como ellas?

De repente Capricho le vio una manchita rojiza a Bolita en la cara y le dijo:

—Mira Bolita, creo que te tocará trabajar pintando arreboles.

—¿Cómo lo sabes? —respondió Bolita— ¡es la profesión con la que siempre he soñado! ¿Y qué crees tú que seré yo? —interrogó Bolita a su inseparable amiga.

—No sé, tú no tienes señales visibles por las que me pueda guiar.

Pero mintió, la pequeña nubecita había visto una manchita



de un gris oscuro debajo de su amiga, y eso le preocupó...

Un día que mientras Bolita practicaba pintando arreboles con pinceles mágicos, y Capricho que aún continuaba sin descubrir su misión, se revolcaba a sus anchas en una algodonosa nube de color rosado; se le asentó una pequeñísima nubecilla insecto llamada Chiripica que picaba a las nubes como si de un mosquito se tratara. El escozor que le produjo la picadura de la pequeña nubecilla fue tan fuerte, que a Capricho se le subió tanto la rabia, que su mancha gris se le extendió por todo el cuerpo.

¡Entonces descubrió cual era su destino!; y sin perder tiempo se asesoró de la nube más malvada que había en el firmamento para que le enseñara a generar rayos, truenos, lluvias torrenciales y toda clase de tormentas con las cuales pudiera descargar la furia contenida que por lo general almacenan las nubes de su clase.



Pero Bolita al saber la elección que había hecho su amiga le propuso:

—¿Qué tal si teñimos tu mancha gris?

—¿Crees que funcione? —le respondió Capricho de mala gana.

—No lo sé —respondió Bolita— pero como la peor diligencia es la que no se hace, nada perdemos con intentarlo.

Así se hizo, y aunque Bolita pintó a su amiga una y otra vez, nada se pudo lograr; porque los cambios cuando no se hacen desde dentro y por voluntad propia, ¡todos los esfuerzos resultarán inútiles!

**Fin**

# COLOMBIA ES PASIÓN

**Autora:** Nancy Alcaraz Graciano  
Vereda El Chochal, Caicedo - Antioquia

Desde pequeña me gustó viajar, pues mis padres siempre cargaban conmigo y con mi hermana –de 10 y 4 años respectivamente- a todas partes. Mis padres eran de Texas (USA), pero viajábamos mucho a diferentes países del mundo por su labor, ya que eran fervientes defensores de los derechos humanos, y por esta razón sabían varios idiomas, entre ellos el español, lengua que hablaban a la perfección; lo que hizo que yo también me defendiera en ese idioma.

Un día cualquiera les ofertaron ir a Colombia, a lo que dijeron “SÍ” sin pensarlo dos veces; ya que atraídos por los comerciales de la televisión en los que las espectaculares imágenes del realismo mágico que García Márquez sembró en el inconsciente del mundo entero, y el impactante eslogan que finalizaba con una sugestiva voz masculina que decía: *¡Colombia es pasión, el único riesgo es que te quieras quedar!*, los tenía atrapados de tal manera, que les fue imposible postergar por más tiempo la gran curiosidad que sentían por conocer esa nación suramericana... ¡y como era lógico pensar, mis padres cargaron con toda la familia!

¡Hasta que llegó el día y viajamos a Colombia!

Mis padres quedaron impactados con la desbordante y amable energía de los colombianos; y contagiados de ella, decidieron que no se podía perder mucho tiempo en el hotel, sino que había que viajar de inmediato al Amazonas; porque la idea era también conocer, y como además de defensores de los DD.HH. eran unos grandes ambientalistas, acordaron que lo más correcto era empezar por conocer “el pulmón del

mundo”, zona en la que Colombia también posee una gran extensión de territorio.

Ya en el Amazonas, alquilamos una canoa e inició nuestro recorrido por el río. Íbamos muy contentos compartiendo la belleza de tanta maravilla... ¡pero la felicidad se empañó en el momento menos esperado, pues a eso de las 12:30 ó 1:00 p.m., nos interceptó un grupo de diez (10) hombres y cinco (5) mujeres armados de fusiles y cubiertos sus rostros con pasamontañas! De inmediato nos dimos cuenta que era un grupo subversivo, que sin mediar palabra advirtieron al dueño de la canoa “que se bajara o lo mataban”.

A nosotros nos bajaron cuando ya el señor lo habían escoltado adentrándolo en la selva; y al poco rato de nosotros estar allí amarrados y arrodillados se escuchó un disparo que, al juzgar por la expresión del rostro del lancharo antes de que se lo llevaran, ¡ya presentía cuál sería su final!

Mi padre sabía de antemano lo que nos corría pierna arriba, y por eso no se alarmó mucho; pero pienso también que lo hizo para que nosotras conserváramos la calma.

Mi madre pidió con unas cuantas lágrimas en los ojos “que a las niñas no les hicieran nada”. Mi hermanita no lloraba y con toda su inocencia le preguntaba a mis padres, “que si ellos eran amigos y estaban jugando con nosotros”. Pero eso duró muy poco tiempo, porque los subversivos no eran para nada amigables y además eran muy bruscos: gritaban sin ningún pudor ni respeto por nosotras, “dejémonos de maricadas, aquí la orden es matarlos para que dejen de estar opinando en esa güevonada de la paz y los derechos humanos; la guerra es la guerra y lo demás son palabras”.

Y así, sin más ni más para no ponernos en sobre aviso, tres de los diez hombres se hablaron entre sí y luego en fracciones de segundo dispararon repetidas veces sobre la humanidad de mis padres y hermanita. Les grité llorando ¡por qué a ellos y me dejan a mí!, ¿De qué les sirvo?. Después de este

“incidente” no supe más de mí, porque me golpearon en la cabeza dejándome inconsciente, y lo que sé, es que lo que conté, es el único recuerdo que tengo de mis padres; y por más que intento no puedo borrar esa imagen. Lo que no me explico es por qué no recuerdo los otros momentos felices y maravillosos que compartimos y vivimos en familia. Según he podido entender hoy, los traumas son así...

Eso fue duro, ¡pero luego fue mucho peor!, porque cuando me llevaron a su campamento entendí por qué me dejaron “vivir” cuando me encontré rodeada de otros tantos niños y niñas, que al igual que yo, habíamos sido reclutados contra nuestra voluntad... ¡no había duda, éramos la cuota que el pueblo “tiene” que poner para luchar contra las injusticias del régimen establecido!

Poco comíamos porque éramos muchos y siempre nos vigilaban hasta cuando nos bañábamos. Encima nos obligaban a correr en pistas de obstáculos para que cogiéramos buen estado físico; nos enseñaron a manejar un fusil, a armarlo y desarmarlo; y cuando crecimos un poco nos obligaban a asesinar a los que intentaban fugarse. Por eso, muy pocas veces pensé en escaparme, por miedo a que me mataran.



Pero no todo fueron tragedias, desengaños o temores, pues hice dos grandes amigos que dudo los hubiera podido hacer “afuera en el mundo normal”. A ellos les enseñé a leer y a escribir y eso nos conectó para siempre: yo los sentía como si los hubiera engendrado; y ellos me miraban como si por mí hubieran descubierto el mundo a través de las letras y los pocos libros y revistas a los que teníamos acceso. Con ellos aprendí todo sobre el campo y la selva, y comprobé horrorizada, que mi vida había sido un mar de dichas si la comparaba con la de ellos.

En cierta ocasión un grupo enemigo localizó nuestro campamento y ese fue nuestro primer enfrentamiento: ¡me estrené matando a dos enemigos! Nunca pensé que yo acabaría con la vida de alguien, ¡eso no era lo que yo me había imaginado para mi vida, pero eran ellos o yo!..., pensé en mis padres y me invadió la tristeza...

Esa vez se me presentó la primera ocasión de escapar con mis amigos, pero desafortunadamente ahí me mataron de nuevo algo de lo que yo mas quería en la vida: ¡a uno de mis amigos del alma!; y así se frustró mi primer intento de fuga.

Recuerdo que corrimos con otros compañeros hasta el borde de un río, lo cruzamos y perdimos de vista al enemigo. Después nos dirigimos a otro campamento que quedaba a unos 10 kilómetros del anterior y nos quedamos quietos casi sin respirar, mientras nos avisaban por medio de señales, que algunas de nuestras cabezas habían sido dados de baja en el ataque sorpresa que nos hizo el grupo enemigo.

Pasaron dos años en los que permanecemos andando todo el tiempo, evadiendo nuevos ataques y “colonizando” nuevos territorios y rutas, para que el enemigo no nos tomara por sorpresa.

Había perdido la noción del tiempo, ¡pero mi cuerpo y mi organismo no lo habían olvidado!; y me di cuenta que me estaba haciendo mujer cuando algunos compañeros

empezaron a mirarme con suspicacia...; Entonces empecé a sentir miedo y los baños ya fuera en el río, en los caños, o quebradas que nos encontráramos en medio de la selva, se convirtieron en un verdadero tormento, y como era de las pocas rubias que había en el grupo, mi presencia se notaba más que las otras; y de solo pensar que alguno de los jefes intentaría hacerme su mujer como a tantas otras de las compañeras, ¡me helaba la sangre!

Entonces como medio de defensa “me volví cochina”, y solo me bañaba cuando mi mejor amiga me decía que estaba oliendo a muerte, que si no me daba asco, que ya no la estaba dejando dormir.

Un día, cuando creímos habernos ganado la confianza de los altos mandos; mi amiga y yo nos fuimos para una quebrada con el pretexto de bañarnos y asegurar la zona. Ese día intentamos de nuevo una fuga que por poco se nos da; pero cuando estábamos llegando a una trocha que ya habíamos transitado muchas veces, sentimos dos disparos. Seguí corriendo y no me percaté que mi amiga había sido impactada; y cuando noté su ausencia, me devolví para socorrerla pero ya poco pude hacer por ella: estaba tirada sobre el espeso rastrojo en el que trató de esconderse y al ver que me acercaba me dijo con prisa antes de que se le acabaran las palabras: “sigue, sigue corriendo...”

Sin tiempo para elaborar el duelo y sin lágrimas en los ojos porque en la selva están prohibidas; abandoné en su agonía a la única amiga que me quedaba. Corrí como loca hasta que me encontré a un piquete de soldados que me “socorrieron”. ¡Pero no, no eran soldados!; vestían ese uniforme y más tarde pude comprobar que se llamaban “primos” con ellos, pero no pertenecían a esa institución.

Lo que más me llamó la atención fue el sofisticado armamento que poseían, los helicópteros y equipo de comunicaciones con que se transportaban y comunicaban con todo el país; esto sin contar con los lujosos campamentos que más tarde

pude comprobar, poseían.

Recuerdo que estaba tan cansada y golpeada, que ya no tenía fuerzas para defenderme; pero aún así, me obligaron a bañarme porque según ellos debía participar de la actividad lúdica que me tenían preparada. Por eso desde esa misma noche que el “jefe” sin pedirme permiso y sin siquiera molestarse en sonreírme me agarró un muslo, decidí “aceptarle” porque estaba convencida que si no lo hacía, con toda seguridad me matarían; además, porque si le aceptaba a él, por lo menos el resto de la tropa me respetaría y así no tendría que acostarme con todos los que quisieran “tirarse un polvo con la monita”.

¡Viva la paz!, alcancé a oír en medio de mi cansancio y agotamiento; cuando el “jefe” gritó desde la pieza “era virgen”; y luego lo repitieron innumerables veces cada vez que la televisión presentaba los comerciales donde se repetía una y otra vez “la paz es posible”.

Lloré a solas para que nadie me viera, porque acababa de comprobar en carne viva con tristeza y rabia, que todas aquellas mujeres campesinas que había conocido en las veredas más apartadas de aquella selva y en las filas de la subversión luchando por una “causa y por un mundo más justo”, ¡eran una manada de desgraciadas!, pues pocas veces llegué a conocer a un campesino o a un compañero, que tratara a su mujer con consideración y delicadeza. Entonces comprendí y “traduje” de golpe aquellas miradas humildes y resignadas que en su día envidié...¡hoy supe sin que me lo dijeran, que aunque no hubiesen sido secuestradas como yo, habían nacido esclavas por su género y destinadas a complacer a un hombre que solo veía en ellas una mano de obra sin sueldo, o un objeto de placer disponible para cuando él lo deseara!.

—¿Cuál paz? —grité sin querer con furia y decepción; pero como estaba en las filas del bando contrario, aquella aqueja se tornó en una muestra de aceptación a la filosofía del grupo,



y en vez de castigarme todos sonrieron con complacencia.

—Debo controlarme si quiero salir viva de esta selva y de esta nueva desgracia —me dije— pero cada vez temo más por mí, mi cerebro no quiere obedecer y se niega a aceptar que la paz solo se limite a que uno, dos, o más grupos entreguen las armas; ya que mientras el machismo no haga lo mismo, ¡las mujeres viviremos “voluntariamente” secuestradas y sometidas de por vida, aunque de estos diálogos salga el más perfecto sistema político de la tierra!

**Fin**

## ¿CUÁNTO PESA LA SOMBRA?

**Autora:** Jessica Fernanda Montoya Z.  
Vereda El Encanto – Caicedo, Antioquia

Este cuento inició en el laboratorio de unos científicos, un lugar donde no solo se idean y se cocinan los grandes inventos; sino donde también, como dicen los que saben: no falta el loco, el que no lo es, el que se hace el loco ¡y el supuesto loco!

Una tarde mientras ensayaban un nuevo experimento, el sol de los venados se filtró por los amplios ventanales del laboratorio y la sombra larga y delgada de los científicos, que estaban en contraluz, se reflejó en el lado opuesto del amplio salón. Al ver la enorme sombra que se extendía por todo el recinto, uno de ellos queriendo hacer la broma del momento exclamó:

—¿Cuánto pesará una sombra como estas?

Dispuestos a seguir con la chanza, no faltó el gracioso que abusando del humor negro exclamó sin piedad:

—1.900 kilos para el gordito de la esquina —mientras miraba de reojo al compañero más alentado del grupo.

Terminada la recocha todos se calmaron; pero Milton fue el único que no se divirtió con el supuesto chiste, y lo que alguien dijo desprevenidamente, para él se convirtió en un interrogante más grande que las sombras que producen el sol de los venados.

—Si se ha comprobado que el alma pesa, así mismo debe haber algo con lo cual se pueda pesar la sombra —se dijo para sí mismo.

Pero por más que averiguaba, investigaba y preguntaba, solo logró que los compañeros se lo empezaran a gozar y no le quedó otro remedio que renunciar al trabajo, pues de las burlas se pasó a que lo consideraran seriamente como un loco.

—Anda vagando sin rumbo fijo —era la respuesta de los compañeros cuando alguien preguntaba accidentalmente por él.

Y es que Milton desde ese día se había marchado sin rumbo fijo a visitar todos los laboratorios y países del mundo donde se enteraba que había científicos que estaban interesados en investigar causas perdidas o misteriosas; ¡e inclusive acudió a detectives y policías secretos de los países más desarrollados, con la esperanza de que tal vez ellos podrían haberse enterado de algo y lo tuvieran bajo secreto de estado!

—Algún día aparecerá diciendo que le ayudemos con los pasajes porque va para el país de las soluciones y las respuestas —y con eso cerraban la conversación.

¡Pero Milton ya hacía mucho tiempo que andaba lejos de sus antiguos compañeros!, porque desde ese mismo día su obsesión lo sacó prácticamente de este mundo y su transformación fue tan drástica, que ni sus más allegados lo pudieron reconocer: se dejó crecer el pelo y la barba, perdió más de la mitad de su peso, empezó a utilizar el agua solo para tomar, y la falta de sueño acabó por darle una expresión febril y exaltada que provocaba rechazo y miedo a cuantos se acercaba.

Su obsesión lo remitió como en sus tiempos de estudiante a la “ley de los contrarios” y recordó cómo basado en esta ley, uno de sus profesores le había demostrado que si existe la materia también existe la nada; y que por lo tanto si existe el mundo de las preguntas, también debe existir el mundo de las respuestas; ¡y ni dormido ni despierto pudo volver a salir de sus fronteras!

Cuando “despertó” estaba inundado de preguntas y creyó encontrarse en medio del paraíso recostado al árbol de la sabiduría del cual colgaban no solo las preguntas sino también las respuestas que hicieron que Adán y Eva traicionaran la confianza de Dios, y desobedecieran la orden de no comer de él.

—Entonces no estoy tan loco —se dijo para sí cuando descubrió que su pregunta colgaba de él; pero por más que buscó y rebuscó, no pudo encontrar la respuesta en aquel gigantesco árbol, donde se encontraba más perdido que al principio porque desde aquellos primeros tiempos no había dejado de crecer.

—Tal vez alguien se la llevó para que los demás no conozcamos la verdad —reflexionó.

Entonces arrancó la pregunta y tomando un nuevo impulso empezó a caminar nuevamente para salir de allí, con la esperanza de que la respuesta debía estar muy cerca. Pero por más que se metió a los lugares más recónditos de lo que él creyó era el paraíso; de la noche a la mañana se encontró metido en un bosque de espinas donde las respuestas no parecían pelear, pues tampoco encontró pregunta alguna.

Cansado y desanimado empezó a caminar lentamente y a pensar seriamente que tal vez sus antiguos compañeros de trabajo tenían razón: ¡se estaba volviendo loco! Pero cuando ya se disponía a abandonar el bosque de espinas, encontró que alguien había dejado tirada en el suelo una pregunta, y se dio cuenta que era la respuesta de una pregunta que había dejado mucho más atrás.

Saltando de alegría y optimismo prosiguió su camino con más ánimos que nunca, esperanzado en que tal vez la respuesta de su pregunta podría estar muy cerca... ¡tal vez por ahí tirada en un recodo del camino! Pero por más que anduvo y se detuvo para observar cuidadosamente en los huecos y cavernas por donde pasó, ¡su respuesta nunca apareció!

Decepcionado y enfurecido consigo mismo y con las personas que se guardan para sí la sabiduría y el conocimiento; emprendió el viaje de regreso, y después de caminar muchísimo y reencontrarse con antiguos conocidos, se dio cuenta que había envejecido. Pero su mayor problema era que al perder el objetivo de su vida, este fue reemplazado por necesidades más comunes y mundanas y entonces cayó en cuenta que se estaba muriendo de hambre.

—Le va a salir muy costoso —le dijo la humilde señora en el puesto de comidas rápidas a donde se dirigió. ¡Pero eso no le importó!, él lo que quería era satisfacer el hambre y decidió darse un festín como hacía mucho tiempo no se lo daba.

Una vez satisfecho, decidió irse sin dejar un centavo, pues lo que tenía era muy poco y si lo gastaba, muy seguramente no tendría con qué regresar a su casa. Apenas habría caminado algunos pasos cuando comenzó a sentir que llevaba una carga muy pesada ¡y que no era precisamente lo que se había comido!; y mucho menos su inexistente equipaje... ¡era otra cosa! Lo raro del caso es que mientras más caminaba y más se alejaba del puesto de comidas rápidas, ¡más pesaba la carga!

Agobiado por el peso, decidió sentarse a reflexionar para encontrarle una respuesta lógica a tan extraña sensación...; entonces se acordó que no había cancelado la cuenta a la humilde señora y que su acción se estaba convirtiendo en un robo. Arrepentido por tan egoísta actitud, comprendió en un instante que el peso de la sombra es proporcional a lo injusto de nuestras acciones, y que las respuestas a nuestras preguntas no están afuera en el mundo, sino dentro de nosotros mismos; y que el peso más grande con que cargamos los seres humanos es nuestro propio egoísmo.

**Fin**

## EL ALMA DE LOS ANIMALES

**Autora:** Adriana María Montoya Arias  
Vereda El Encanto, Caicedo - Antioquia

Según algunas personas, muchas iglesias y credos del mundo, solo las personas tenemos “alma”; pero otros piensan que todo tiene alma... ¡incluso las cosas! Pero como en toda historia existe un pero...

—¿Tendremos alma los animales? —era la pregunta que se hacía Filipín todos los días.

Filipín era un pequeño perro que vivía en el campo y todas las mañanas al levantarse se hacía esta pregunta; pues había oído tantas veces la expresión “como quien mata a un perro”, que incluso llegó a pensar que matar perros era algo de lo cual los seres humanos se sentían orgullosos.

El pequeño perro se rompía la cabeza de tanto pensar, pero con ello lo único que lograba era caer en otra pregunta más complicada que la primera:

—¿Cómo lo descubriré?

Confundido y temeroso que sus amos descubrieran sus inquietudes y ello le costara la vida, Filipín decidió emprender un largo viaje.

—¿A dónde ir? —se preguntaba mientras caminaba sin rumbo fijo por uno de los tantos caminos que le había tocado transitar bajo la lluvia o el sol, unas veces arriando ganado, otras veces cazando animales, ¡e incluso hasta espantando ladrones que según su amo, no tenían alma y se merecían morir como cualquier perro!

Atravesó valles, montañas y ríos; conoció la nieve el calor y el

frio; durmió bajo el sol, la lluvia y a cielo abierto, en noches sin estrellas en el firmamento; pero no encontró respuesta ni pistas ni nada que le sugiriera que en algún lugar de la tierra, alguien le podía aclarar su pregunta.

Pero un día perdido en los caminos de la vida, se encontró con una pulga que estaba atravesada en el camino y al ver su cara se dijo:

—Estoy seguro que tiene hambre, su lenguaje corporal me indica que está de cacería y yo no estoy como para que alguien me chupe lo poco que me queda en el cuerpo.

Temiendo que saltara sobre él, desde muy lejos le gritó:

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió la pulga —¿por qué no te acercas un poco más?



—Eres el animal que más conozco desde chiquito, y no es por ofenderte, pero no es que tenga muy buenos recuerdos de tus congéneres —le respondió Filipín desconfiadamente.

—Solo quiero que me lleves al río —le respondió la pulga— hace días no tomo líquido y la deshidratación me puede matar.

—¿Prometes no chuparte mi sangre? —le respondió Filipín tímidamente.

A la pulga le dio risa y, conteniendo las carcajadas porque si les daba rienda suelta acabaría más agotada, le respondió:

—No te preocupes, soy una pulga india y por lo tanto soy vegetariana.

—Perdona —respondió Filipín avergonzado— pero yo no sabía que las pulgas indias no chupaban sangre. Y agachando la cabeza contra el suelo para que la pulga se subiera, le dijo:

—Salta.

Solo cuando ya estuvieron en el río, Filipín se dio cuenta que no solo la pulga tenía sed, y tomaron tanta agua que no les quedó otro remedio que hacer la siesta que desde hacía mucho tiempo ambos se debían.

—¿Qué te ha traído por aquí? —le preguntó la pulga a Filipín, mientras se entretenía con los dibujos caprichosos que hacían las nubes en el cielo.

—Una pequeña duda —respondió Filipín extenuado.

—¿Y crees que una pequeña duda amerita el que hayas emprendido tan duro y largo viaje?

—Bueno, también las cosas pequeñas tienen importancia...

La pulga comprendiendo que Filipín la estaba valorando, le respondió con simpatía:

—Perdona si te hemos hecho sufrir, pero no era mi intención hablar de las guerras que durante millones de años hemos





## EL APOSTADOR

**Autor:** Jorge E. Sánchez

Vivíamos en lo profundo de la selva chocoana en un caserío pequeñito recién fundado por siete familias y una de ellas era la nuestra.

Por esa época los días transcurrían lentos y opacos porque la bruma y las espesas nubes que producen los bosques húmedos, ocultaban el sol durante semanas; y cuando estas le daban un “respiro” y tímidamente se asomaba por entre las copas de los gigantescos árboles que también le hacían la “guerra”; entonces una nube de aliprujos encabezada por jejenes con ínfulas de diminutos vampiros y zancudos preñados de paludismo provocaban una enorme sombra, con lo cual los días de sol eran un acontecimiento tan escaso que cuando ello ocurría todas las mujeres sacaban la ropa al aire libre para quitarle el olor a humedad que hasta a los animales y humanos se nos había impregnado en la piel.

Se trabajaba de sol a sol porque se quería tener tierra propia de un día para otro; pues todos los fundadores eran campesinos pobres que durante toda su vida habían trabajado como jornaleros en las inmensas haciendas ganaderas de avaros terratenientes que se creían bondadosos porque les dejaban hacer una rancho miserable en la parte de afuera de los kilómetros y kilómetros de alambrados con los que habían cercado sus haciendas.

Como es de suponerse, no había ni tiempo ni actividades lúdicas con las que “matar” el poco tiempo libre que nos quedaba, ¡y cuando digo “nos” es porque hasta los niños teníamos que ayudar, aunque fuera a cargar el agua que se

tomaban los adultos o las herramientas como el hacha y le machete que en pocos años devastaron una de las selvas más fértiles y tupidas que jamás he visto en mi vida.

Todos los días eran iguales, pero los niños sabíamos cuándo era domingo porque los adultos no iban al monte y se cambiaban la ropa con la que habían estado toda la semana por una muda limpia, aunque estuviera rota.

Ese día mi papá, que era amante a las peleas de gallos, se dedicaba el día entero a mimar y a espulgar al Toro, un delgado gallo fino que nunca supimos como hizo para llevarlo consigo hasta allá, pues éramos una enorme familia integrada por diez hijos y el traslado por la selva y las fangosas trochas fue una verdadera odisea que duró casi veinte horas. Recuerdo que dormíamos con el Toro en la única habitación porque las chuchas y tigrillos que habían escuchado su incesante y escandaloso canto, se hacían ascuas para comérselo y a mi papá casi se le aguaban los ojos de pensar que ello pudiera ocurrir.

Pero el Toro no era el único rey del caserío, pues Víctor Márquez (otro de los fundadores), también había cargado con un gallo fino llamado Giro por su color; y en una de sus interminables tertulias los dos acordaron montar una pelea cada ocho días. Para que los gallos no se mataran decidieron no calzar a las bravas aves y en vez de ello les forraban las espuelas con pedazos de trapo viejo, y así se garantizaba que los animales pudieran pelear cada ocho días; pero como tenía que haber un ganador, acordaron que perdía el gallo que primero comenzara a sangrar de cualquier parte del cuerpo.

Mi papá que era un gran apostador organizó todo para que no hubiera discusiones y dejó muy claro que como todos eran hombres de palabra, no había necesidad de firmar un papel o que alguien se encargara de tener en su poder las apuestas realizadas; ya que “un verdadero hombre jamás traiciona su palabra”.

Apostaban desde una tabla hasta una libra de arroz, una bola de jabón azul, dos kilos de arroz, de azúcar o sal... ¡artículos de lujo para esa época si se tiene en cuenta que los hombres que iban a mercar cada mes les tocaba cargar a espaldas y en un rudimentario cañizo durante quince o más horas los artículos más necesarios; pues además de las culebras, panteras y toda clase de animales ponzoñosos, el fango que provocaba la incesante lluvia no daba margen a nada más.

¡Aun así hubo épocas en que todo se agotaba! Recuerdo que una vez mi papá apostó los dos kilos de azúcar que nos quedaban, y como perdió su gallo, nos tocó quedarnos como quince días sin probar dulce, pues, aunque el ganador no tenía inconveniente para permitir que le pagara la deuda a fin de mes, ¡él, tampoco tenía azúcar!, y le fue imposible aceptar la propuesta de mi papá.

Los niños la pasábamos igual, solo que nosotros no dependíamos de nada para distraernos y no era extraño que en un mismo día “inventáramos” cinco, seis y hasta más juegos o situaciones divertidas que nos hacían olvidar por un momento las duras jornadas de trabajo. Por lo general nos íbamos al borde de la quebrada que pasaba junto al rancho donde vivíamos y apostábamos “carreras” de hojas en el cauce de la cantarina quebrada. El juego consistía en cortar cada uno una hoja y pararse todos en un mismo sitio y a la voz de tres arrojarlas al torrente de la quebrada para que esta las arrastrara; y ganaba la “canoa” que primero arribara al lugar previamente convenido.

Nuestras apuestas tampoco eran comprometedoras o imposibles de cumplir; pues como éramos los tres últimos de diez hijos, el cariño y la solidaridad no daban margen a egoísmos y por ello nos contentábamos con el correctivo que nos ponía mi mamá cuando nos peleábamos: nos hacía abrazar y luego nos dábamos un beso en la mejilla. Pero nosotros les pusimos otras reglas que consistía en que los dos perdedores le dieran el abrazo y el beso en la mejilla

al ganador; pero este debía cerrar los ojos y contar hasta sesenta; y durante ese minuto cada uno de los perdedores lo abrazaba con fuerza y le daba el beso; pero si abría los ojos antes de terminar el conteo, ¡perdía el derecho a ser abrazado!

A los dos años de estar “rompiendo” monte, mi papá logró domar un pedazo de selva y sembrar una hectárea de pasto, pues un coterráneo suyo que vivía en un pueblo vecino le había prometido darle dos novillas al partir tan pronto tuviera donde meterlas.

—Ese es comida para tigres —le decía todo el mundo; pero él, que toda la vida había querido ser ganadero, se hizo el de la oreja mocha y todas las tardes nos hacía meter las novillas en un pequeño corral que hizo al pie del rancho.

¡Al cabo de cinco meses, la Reina que había llegado preñada parió!; pero mi papá se había echado un baño caliente para un resfriado que lo atormentaba hacía días y como el parto fue a eso de las cinco de la tarde, no pudo ir a verla. Pero como nosotros habíamos ido a traerlas para encerrarlas, nos dimos cuenta en vivo y en directo del nuevo miembro de la familia.

Yo, que era el más veloz y comunicativo, salí corriendo antes que mis dos hermanos y le dije casi sin poder respirar del cansancio:

—Papá, si adivina el sexo de la cría, usted gana y yo le doy un abrazo y un beso; pero si no lo adivina usted me debe dar el abrazo y el beso a mí.

—Es hembra —gritó jubiloso.

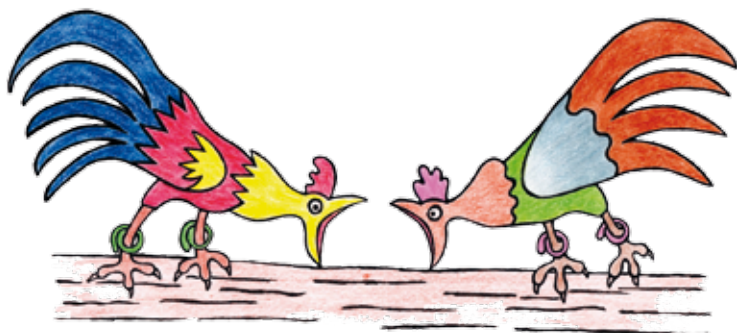
—Gané —grité yo con más fuerza y me paré feliz frente a él, con los ojos cerrados para que me diera el abrazo y el beso que durante mis nueve años de vida nunca me había dado; pero al ver que pasaban los minutos y no sentir ni lo uno ni lo otro, abrí los parpados lentamente para no perder la

apuesta, y me sorprendí cuando no lo vi por ninguna parte. Acordándome de lo que decía sobre la palabra dada, lo seguí hasta el cuarto, donde supuse que estaba; y con voz temblorosa le dije que le había ganado la apuesta y que me tenía que pagar.

Sin parpadear me fusiló con su mirada y me mató con su respuesta:

—Esas no son apuestas de machos.

**Fin**



# EL COMEJÉN ILUSTRADO

(Enero 30 de 2018)

**Autora:** Jessica Fernanda Montoya Zapata  
Vereda El Encanto - Caicedo, Antioquia

En una pequeña choza que estaba abandonada en la mitad de un bosque vivía un hombrecillo que por su diminuta estatura había sido rechazado por su familia y no le quedó más remedio que refugiarse en aquella tupida selva donde por lo menos no se sentía excluido.

Por tal motivo, adquirió algunas costumbres que adoptan los animales pequeños del bosque que se sienten amenazados por los grandes depredadores; y fue así como aprendió a ser completamente silencioso y sigiloso; pero sin embargo, se las arreglaba para salir una o dos veces por semana para pegar la oreja a la pared de la escuela de la vereda y oír la explicación que la profesora le daba a los niños para enseñarles a leer; pues su única compañía era un libro que alguien había dejado abandonado junto a su choza; pero como no sabía leer, creía que su único amigo era mudo y no le servía de nada.

Con el tiempo, aquel sigiloso hombrecillo aprendió a leer y descubrió que su amigo el libro además de no ser mudo, tenía más vida que la mayoría de personas con las que alguna vez había convivido. Pero también descubrió que su amigo se había vuelto viejo antes de tiempo y que siempre repetía las mismas historias... ¡y era que se lo había leído más de quinientas veces y como ya se lo sabía de memoria, ya no encontraba de qué hablar con él!

Su vida se volvió tan rutinaria, que una tarde que amenazaba lluvia decidió salir de su choza con el fin de experimentar

cosas nuevas como la de dormir mojado; pero justo a unos pasos de su humilde choza se encontró un pequeño animalito que no sabiéndose observado prosiguió su camino.

No teniendo más que hacer, decidió que había llegado el momento de familiarizarse con las costumbres de los animales que compartían el bosque con él, ¡y qué mejor manera que comenzar con un animal “insignificante” y pequeño como él!. Era un comején, y decidió seguir su trayectoria, pero como la lluvia amenazaba con dejarse caer a cántaros, el humilde animal prosiguió su marcha a toda prisa, pues si bien es cierto que les gusta la humedad, su pequeño cerebritito sabía por intuición que bastaba una sola gota de agua para acabar con su vida y no le quedó otro remedio que refugiarse en la choza del hombrecillo, sin precaverse que allí dentro podrían existir hormigas o lagartijas que sin conocerla, acabarían con su vida en un santiamén; ¡o tal vez un enorme pie humano que lo aplancharía en fracciones de segundo!

Obedeciendo al instintivo y práctico cerebro de todos los animales, el pequeño comején aturdido y asustado buscó refugio en lo primero que encontró y donde pensó que podría alimentarse sin correr peligro: ¡el libro del dueño de casa!

Aunque su apetito por la celulosa que contiene la madera es innegable, tenía tanto frío que las mandíbulas le temblaban y como el rancho estaba construido con madera dura; sin pensarlo dos veces intuyó que aquellas extrañas laminillas por donde se había colado, contenían algo de la apetitosa celulosa; de todas maneras no era prudente comenzar a devorar las paredes de su nueva casa pues corría el riesgo de ser descubierto y eliminado. Pero como llevaba bastante tiempo sin comer y la última cena había consistido en paja seca, decidió pegarle un mordisquito a una rara lámina coloreada donde había dibujada una tenebrosa araña que extrañamente no lo atacó:

—Ummm, tiene un sabor raro, pero no está mal —pensó el



comején. Pero al tercer mordisco ya se había habituado al sabor amargoso del aditivo que le agregaron al papel cuando lo fabricaron, y en una noche la tenebrosa araña había pasado a mejor vida...

—Es la primera vez que alguien de mi especie mata a una araña —pensó satisfecho el comején.

—¡Se ha comido medio libro, pero está aprendiendo! — pensó el hombrecillo con satisfacción— a lo mejor algún día aprende a hablar y así tendré con quien compartir mis solitarios días.



Pero se equivocaba, el pequeño comején comía y comía sin entender qué decían o qué significaban los interminables signos y rayas que contenía aquel extraño objeto; pero cuando solo le faltaban dos hojas por devorar, pensó que si lo hacía quedaba al descubierto y se detuvo en seco.

—¿Qué has hecho? —le preguntó el hombrecillo— no puedo creer que después de haber devorado a mi único amigo que tenía quinientas páginas aún no sepas hablar.

Pero el comején que aunque podía entender no sabía hablar, no comprendió que los libros transmiten ideas, enseñanzas o historias divertidas y por eso de aquel rancho salió con la única ilusión de instalarse en la biblioteca de la escuela que tantas veces le había oído mencionar a su anfitrión..., pero no con el fin de aprender sino de mantener alimento para el resto de su vida, pues también le había oído decir con tristeza que allá no todos los quieren ¡y él les podía dar oficio!; mientras el pequeño hombrecillo aprendió a conocer la extraña y práctica vida de un ser que lo entretuvo durante incontables meses. Ahora se propone averiguar por qué hay tantos niños a los que no les gusta leer...

¿Tú qué opinas de ese reto?

**Fin**

## EL CORAZÓN DE LA ROCA

**Autora:** Lucelly Alcaraz Graciano  
Vereda El Chochal – Caicedo, Antioquia

Un día más pasaba Pedro sentado a la orilla de aquel pequeño arroyuelo, observando cómo crecía el hongo que hace poco había nacido como un pequeño capullo en su lado izquierdo, mientras sobre él caían grandes y agresivas las gotas de llanto que el pobre no podía contener.

Esa pregunta que desde siempre flotó en su mente como una hoja al viento, ahora le lastimaba como una daga en su corazón:

—¿Por qué era tan diferente?, ¿por qué de todas las rocas que habían nacido en Andilandia, tenía que ser él el más pesado, el más feo, el que nadie quería y del que todos se burlaban.

Su padre el rey Árago siempre le había dicho que un día cambiaría el mundo, que su destino era ser muy grande. Y Pedro pensaba que tal vez sí, pero en tamaño y peso porque a su vida poco sentido le veía.

Su cuerpo de roca no era regular como el de las demás andesitas, tenía grietas y pequeñas y afiladas aristas que le sobresalían y además siempre fue el más grande y pesado, y cuando jugaba terminaba lastimando a alguien; por ello siempre estaba solo. Era tal su tristeza, que pensó en saltar aquel arroyuelo y convertirse eternamente en un nido de los peces; pero como siempre prefirió la calidez del verano, el solo pensar que pasaría su vida mojado y muerto de frío, lo hizo desistir pues no era una idea muy atractiva para él.

¡En fin!, después de todo era de roca, era fuerte, era grande.

Se secó las lágrimas de sus ojos y de su hongo, se levantó y regresó a la aldea junto a su padre Árago.

—¡Oh!, Amelia esposa mía, ¿Qué haremos?, ¿Qué podemos hacer?, ¿Cómo salvaremos la aldea? —exclamaba su padre, mientras Pedro escuchaba atento en la puerta.

Se le quedaron mirando sin perder la expresión grave en su rostro que mostraba lo trascendente de la conversación.

La reina Amelia dejó escapar un suspiro y con un toque más de sosiego que su esposo se fue lentamente hacia la parte trasera de la casa.

El rey Árago, con una preocupación que se le notaba a flor de su envejecida corteza de roca, se sentó pesadamente como lo hacen todas las andesitas, abrió los brazos e invitó a Pedro junto a él, quien corrió inmediatamente pues estar al lado de su padre no era algo a lo que podía resistirse.

—¡Hijo mío! —dijo el rey Árago— te contaré un secreto que debes prometerme guardarás. Dime hijo mío, ¿lo prometes? —a lo que Pedro asintió con la cabeza.



Las andesitas no siempre tuvimos vida. Solo éramos rocas como las demás del camino, hasta que un hombre descubrió

una extraña pero hermosa roca la cual llamó “diamante”. Era tan brillante que su luz cubrió todo este valle dándonos vida, un corazón, una mente, sentimientos. Esa piedra la hemos conservado y cuidado por siglos, ese es mi trabajo y esperaba fuera el tuyo algún día. Pero ha pasado algo terrible, el diamante ha perdido su brillo y tememos que con él desaparezca la magia que mantiene viva a la aldea. Por ello la única solución es salir en busca de un nuevo diamante, quizás haya otro de donde salió este. Y tú hijo mío deberás cuidar de tu madre en lo que estoy por fuera.

Pedro de inmediato rompió en llanto y pidió acompañarlo. Sabía que sin su padre no sobreviviría en aquella aldea donde se sentía menos que nada.

El rey Árago era una andesita muy sabia y no desconocía los sentimientos de su hijo, así que luego de pensarlo un poco aceptó que lo acompañara, pidió a su esposa que se encargara de sus asuntos y preparó todo para partir a la mañana siguiente.

Fue así como emprendieron aquel peligroso y tedioso viaje.

El lugar no era muy lejos, pero estaba lleno de pozas profundas y el camino era de difícil acceso, más aún teniendo en cuenta lo pesado de sus cuerpos y la poca motricidad que manejaban.

Escudriñaron todo el lugar sin éxito alguno. Caminaron, rodaron, hasta colgaron de empinados riscos en busca de aquella joya preciosa sin hallar rastro alguno.

Luego se sentaron a tomar un descanso, estaban exhaustos y decepcionados. Árago sufría por su aldea y Pedro sufría al ver la desilusión en los ojos de su padre que era lo que más amaba. Así que se levantó y quiso animarlo, había allí piedras de muchas formas y quiso recogerlas para con ellas hacer una nueva corona; y sin darse cuenta resbaló y rodó por un acantilado hasta caer en el río de Las Serpientes. Aquel río era caudaloso y lo arrastró sin problema hasta

llevarlo a un claro donde había un depósito de arena. Logró salir y se sentía mareado, notó que las grietas que lo habían hecho siempre diferente, eran más grandes e incluso había perdido algunos fragmentos de roca en el abrupto recorrido, ¡y hasta el hongo que le había nacido en su lado izquierdo se había desprendido en su aparatosa caída!

Se sentó, no podía creer que siguiera vivo luego de aquel accidente; de pronto mientras pensaba en ello, una luz resplandeciente apareció frente a sus ojos, no estaba seguro de dónde venía, pero la siguió. Había una calicata cerca a un peñasco, que parecía haberse formado naturalmente gracias a la suave lamida de las aguas.

¡Pedro no lo podía creer, estaba atónito!. Después de todo y de tanto allí estaba. Tan blanca, tan brillante, tan real. ¡Era el diamante que tanto habían buscado!. Lo tomó en sus manos y casi sintió la vida que le proporcionaba... era un profundo sentimiento que solo se podría comparar con amor.

Emprendió el camino de regreso con su padre. Prontamente se reencontraron y el rey Árago que se estaba muriendo de preocupación ni siquiera notó el resplandor que lo acompañaba, lo abrazó y la vida regresó a su cuerpo. Cuando Pedro le mostró el diamante, ambos no cabían de la emoción. Por fin podían volver a casa con la satisfacción del deber cumplido.

Llevaban ya tres días fuera de la aldea y estaban ansiosos por regresar. Cuando llegaron encontraron a todas las andesitas reunidas danzando, ni siquiera notaron su ausencia. Pedro sintió nostalgia, pero aún así estaba feliz por regresar y por traer consigo la piedra que los salvaría.

De pronto todo quedó en silencio y un grito de horror resonó en toda la aldea. Una gran serpiente venía tras ellos en busca del diamante. Todos corrieron a refugiarse, pero la serpiente en realidad buscaba a Pedro, quien corrió alejándola de la aldea para que no le hiciera daño a nadie.

Se sintió acorralado e intentó subir a un gigantesco árbol, pero la serpiente lo golpeó fuertemente con la cola y no pudo evitar que el diamante cayera. Frente a los ojos del rey Árago y de las andesitas mayores que venían detrás, el diamante se rompió en mil pedazos.

La serpiente enfureció y se dirigió a la aldea donde habían quedado todos los niños. Pedro se abalanzó sobre ella para evitar que avanzara pero no tuvo éxito. Llegó hasta la cima del templo donde se guardaba el viejo y desgastado diamante, lo tomó y se dirigió justo al refugio de los niños. Pedro desesperado mientras luchaba por sostenerse sobre ella metió la mano en su costado tomando de sí mismo un trozo de sus afiladas aristas como una espada, y la atravesó en la cabeza de la serpiente.

Ambos se desprendieron al inminente vacío y Pedro que después de sus tristezas y las aventuras de los últimos días, había quedado tan frágil como un cristal, se rompió su enorme cuerpo de andesita y se redujo a una pila de rocas inertes sobre el cadáver de aquella serpiente.

La escena era perturbadora. El tiempo pareció detenerse mientras todos estaban estáticos y estupefactos con una realidad que ni sus ojos ni su corazón podían aceptar. El rey Árago horrorizado corrió hacia su hijo pero una fuerza se lo impidió.

De una u otra forma el siempre lo supo, en su corazón algo le decía que Pedro era especial y que en su interior había un diamante por descubrir.

De entre los escombros en los que quedó reducido Pedro, surgió la más grande y brillante piedra y como un ángel por sí sola ascendió hasta lo alto del templo iluminando y dando vida eterna a aquella mágica aldea de Andilandia.

**Fin**

# EL GUSANO QUE QUERIA SER MARIPOSA

(Enero 30 de 2018)

**Autora:** Leidy Daniela Vargas Urrego  
Vereda El Encanto - Caicedo, Antioquia

Aunque todos admiten que la naturaleza es lo más bello que existe, también se admite que por diferentes causas, a veces procrea seres o situaciones extrañas para las cuales muchas veces no se tienen explicaciones...

Una de esas “rarezas” es la metamorfosis por la que pasan los gusanos durante su vida para convertirse en elegantes mariposas, ¡y eso era justamente lo que Chamí esperaba ansioso!

—Eres un gusano diferente —le decían sus amigos— pero Chamí pensaba que era un gusano bien y que a pesar de su desteñido color, algún día se convertiría en una vagarosa y coqueta mariposa, tal como lo habían hecho infinidad de gusanos feos y horribles que en pocos días habían pasado de despreciables y temidos, a competir en belleza con el mismísimo sol que por lo general se complacía con reflejarse en sus hermosas alas.

Pero el sol se acostaba y se levantaba uno y otro día, y Chamí veía que sus amigos eran guiados por una vieja mariposa a una especie de retiro de gusanos y luego de colgarse boca abajo en una ramita durante varios días, se convertían primero en orugas, luego en crisálidas y por último en elegantes mariposas que lo hacían soñar con los colores con los que él haría su entrada al mundo de los alados.

—A lo mejor les doy la sorpresa y sufro una metamorfosis tipo Cenicienta y me llevo el primer puesto en belleza —



se decía Chamí cada vez que una monarca se pavoneaba exhibiendo sus espectaculares colores y diciendo con aire de superioridad que había viajado 5.000 kilómetros desde Canadá hasta México para poder conocer el mundo. Pero Chamí se mordía la trompa y se la enrollaba bien adentro para no cometer una imprudencia.

—Llegaste a viejo y nunca te convertirás en mariposa —le repetían una y otra vez las demás mariposas cada que una nueva generación de gusanos evolucionaba. Pero Chamí que sabía que cierta generación de mariposas viven entre cuatro y cinco semanas, y que las conocidas como “generación Matusalén” que son aquellas que nacen durante el verano tardío, son capaces de vivir entre ocho y nueve meses, se limitaba a seguir esperando su turno con resignada paciencia.

Sin embargo, las burlas empezaron a hacer mella en el soñador gusano y el mal genio empezó a aflorar, hasta que un día se le hizo el esperado milagro: la vieja mariposa había muerto y su reemplazo lo invitó a la reunión que convocó con el fin de llevarlos al retiro metamorfósico donde por fin se convertirían en el más bello insecto que hay sobre la tierra: ¡las mariposas!

Pero la nueva mariposa que no lo había conocido antes, después de examinarlo bien, no tuvo pelos en la trompa para decirle sin anestesia que él no era un gusano... ¡Eres una lombriz!

Si, ¡era una lombriz!, y aunque todos estaban sorprendidos, el descolorido Chamí era una humilde lombriz que se le cayó del pico de una paloma y fue a parar justo a una rastrojera donde había toda clase de gusanos, razón por la cual todos dieron por hecho que se trataba de una especie nueva.

Su tristeza no parecía tener límites, y no porque no se aceptara como tal, sino por su ilusión de volar se había venido literalmente del cielo a la tierra.

Pensativo y callado se retiró a lo más profundo de la

rastrojera, para observar calladamente el momento en que la mariposa guía diera la orden de partida a las nuevas aeronautas; cuando de repente una bandada de belicosos y tiranos sirirís se abalanzó sin piedad sobre las inexpertas maripositas y en un santiamén se las comieron a casi todas.

Sin alegrarse de lo que acababa de ver y con un nudo en la garganta, Chamí después de secarse las lágrimas que no pudo contener por la muerte de sus amigas; recordó que la nueva mariposa aunque dura y directa, le explicó que su reino no era la rastrojera sino el inframundo, que debería preocuparse por buscar a su verdadera familia y recuperar sus raíces.

Aunque al principio lo aterrorizó la idea de cavar un hueco y desaparecer en las oscuras profundidades de la tierra; la imagen de los sirirís pudo más y antes de que el miedo de esa masacre desapareciera, Chamí hizo un hueco y como pudo se escabulló por él.

Sus hermanas mariposas lo extrañan..., pero las hace felices saber que por fin encontró sus verdaderas raíces y que aceptar a los demás tal como son, es regla de oro de la vida y no del raciocinio de los que supuestamente pensamos; y que aunque al principio nos cueste admitir o aceptar el color de piel o estatura que nos tocó, o el haber nacido en un cuerpo equivocado, la verdadera sabiduría consiste en aceptarnos tal como somos..., ¡aunque duela y la sociedad no lo apruebe!

**Fin**



## EL RÍO QUE CORRÍA PARA ARRIBA

**Autora:** Paola Andrea Moreno Guzmán  
Vereda El Chochal – Caicedo, Antioquia

En un pequeño pueblo a orillas de un río, vivía un niño que el día que cumplió mil novecientos (1.900) noches de estar durmiendo, soñó algo que lo dejó muy preocupado, y por eso al otro día decidió contárselo a su mamá.

—¿Y qué sueño has tenido? —le preguntó su madre con más curiosidad que interés, ya que a pesar de tener 5 años 2 meses y 6 días de edad, ¡su hijo nunca le había contado que hubiese tenido un sueño.

—Soñé que dentro de dos años, el río correrá hacia arriba —le dijo el niño muy seriamente.

—Mejor vete a arreglar el jardín y no me hagas perder el tiempo contándome bobadas —le dijo su madre autoritariamente— tú sabes que eso nunca va a pasar.

Pero esa misma noche, la madre tuvo el mismo sueño y con más preocupación que arrepentimiento se sintió en la obligación de ofrecerle disculpas a su hijo:

—Se que fui grosera contigo, y espero que nunca volvamos a soñar las mismas bobadas —le dijo su madre abrazándole y besándole la frente mientras el anchuroso río que lo escuchaba todo, seguía corriendo plácidamente frente a su casa.

Al cabo de algún tiempo y cuando se cumplían mil novecientos días (1.900) de haber tenido el extraño sueño; la madre quiso darle un regalo de cumpleaños a su hijo, y un día por la mañana se subieron al barco que los llevaría de paseo a la casa de su tía predilecta, que también vivía río abajo.

Navegaron durante horas sin darse cuenta que el tiempo pasaba, pues el niño solo tenía ojos para contemplar la extraordinaria vegetación de la orilla y las exóticas aves que se espantaban a lado y lado del majestuoso río con el ruido que causaba el motor del viejo barco.

De pronto notaron que volvían a observar los mismos paisajes que momentos antes habían visto, y que ¡el barco navegaba penosamente contra la corriente!; pero solo cayeron en cuenta de lo que estaba ocurriendo cuando el barco volvió a pasar frente a su casa. ¡Entonces comprobaron con asombro que por desplazamiento en el eje terrestre que se solo ocurría cada 1.900 siglos, el río estaba corriendo hacia arriba!

En ese instante recordaron lo que ambos habían soñado hacia exactamente 5 años y 75 días, y comprendieron que por extraño que parezca, cuando dos personas tienen los mismos sueños en la vida, estos acaban por hacerse realidad.

—Prometo que nunca me separaré de ti, mamá —le dijo el niño mientras la abrazaba— y, que aunque el río corra para donde quiera, yo siempre estaré a tu lado.

—Sí, ya lo sé hijo mío —le respondió su madre, devolviéndole el abrazo— pero ella sabía que por mucho que una madre quiera a su hijo y viceversa; por ley de vida algún día las aguas correrán en direcciones contrarias, ¡aunque los dos vivan a la orilla del mismo río!

**Fin**

## EL SEGUNDO MEJOR AMIGO DEL HOMBRE

(Enero 3 de 2018)

**Autora:** Ana Cristina Montoya Serna  
Vereda El Encanto - Caicedo, Antioquia

Un conejo que huía velozmente se topó de repente con un caballo que iba en igual dirección.

—Por qué corres? —le preguntó el conejo.

—Huyo de los humanos —le contestó el caballo agitadamente.

—Pero si dicen que ustedes son los mejores amigos después del perro... por qué huyes de ellos?

—Bueno, eso dicen pero la verdad es que manejan unas cuerdas con las que nos atan al pescuezo y entonces yo siento que se me va el aliento; para colmo de males nos ponen una especie de mascada de hierro en la boca a la que le llaman freno, que me produce un dolor insoportable y me da dentera. Después nos ponen una tal montura de cuero a la que aprietan con fuerza por nuestra barriga, y para completar, uno de “nuestros amigos” se nos monta encima y a punta de rejo y palo, nos enseñan dizque a caminar, y acabo con las piernas tan debilitadas que apenas si puedo comer de pie.

—¿Sabes?, muchas veces pienso que me gustaría haber sido un conejo —expresó el caballo a su nuevo amigo; pero antes de que prosiguiera, este le respondió:

—¿A ti solo te esclavizan los humanos, pero con nosotros se ensañan además de ellos, los perros, las zorras, los gatos y todos los carnívoros que existan en una región. Pero me he puesto a pensar que esa es la vida, nosotros hacemos parte de la cadena alimenticia y estamos de últimos...

—Lo entiendo —lo interrumpió el caballo— pero lo que no justifico es que después de torturarnos con todo lo que te conté anteriormente, un borracho nos tenga hasta las 3:00 ó 4:00 de la mañana haciéndonos caminar a como a él le dé la gana.

—Definitivamente, renuncio a la amistad de los hombres, pues los que te persiguen a ti no son seres racionales y te necesitan para sobrevivir, pero los hombres dizque son los más inteligentes de la naturaleza... ¿Será que soy tan bruto que no caigo en cuenta de ello? O... ¿tú qué opinas, amigo?

**Fin**



## ¡HAN SECUESTRADO A MI MUÑECA!...

**Autor:** Jorge E. Sánchez Caballero  
Caicedo, Antioquia

Con los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar, Manuela se acercó temblorosa y ansiosa al lugar donde funcionaba la única agencia de investigadores del pueblo: era una modesta y sobria casa antigua, pintada de tonos gris y plata, con una enorme pantalla de cristal en vez de ventanas... tal vez para poder espiar por allí a todas las personas que pasaban...; y además con un letrero gigante pegado en lo alto del frontis, que decía algo que ella no supo leer...

—¡Raro en una agencia de investigación privada!, se dijo para sí, pero sin embargo entró.

A Manuela siempre le había llamado la atención aquella casa, pero nunca se atrevió ni siquiera a pararse en frente de ella para mirarla bien, pues sus padres le habían advertido más de una vez, que una niña no debe entrar donde solo viven hombres; pero si sabía que aquellos hombres tenían ganada fama de encontrar y responder cualquier inquietud o pregunta por extraña que fuera... ¡y hasta se rumoraba que habían encontrado a personas que alguna vez se habían extraviado! Pero era tan grande su pena y tan grave lo que le había sucedido, que a pesar de las advertencias de sus padres no dudó un solo instante en dirigirse allí en busca de ayuda.

—¿Qué quiere esa niña? —preguntó intrigado el gran jefe.

—...No lo sé —respondió el portero— pero me mostró el santo y seña y por eso la he dejado pasar...

—¿Cómo haría para encontrar en este pueblo una manzana

azul tan bonita y jugosa? —preguntó sorprendido el portero.

—¡Debe ser un caso muy grave, hágala pasar rápidamente y sin perder tiempo! —respondió el gran jefe ignorando la pregunta.

—Sí señor.

—¿Quién te ha lastimado? —la interrogó el gran jefe.

—¡Nadie! —contestó la niña entre sollozos.

—¿Y entonces, por qué estás tan triste y afligida..., qué te pasa? —le preguntó nuevamente el gran jefe, mientras le secaba las mejillas con su pañuelo.

—¡Vengo a denunciar un secuestro!

De inmediato, el gran jefe cerró la oficina de un portazo y sentando a la inconsolable niña sobre su escritorio la interrogó conmovido:





—¿Secuestraron a tu padre? —pero como la niña moviera negativamente la cabeza, el enorme detective proseguía su interrogatorio sin parar, como queriendo llegar cuanto antes al meollo del asunto:

—¿Entonces fue a tu madre? —pero la niña volvió a mover la cabeza negativamente.

Conmoverlo por el inconsolable llanto de la pequeña, el detective que era un hombre de mediana edad y padre de una niña de la misma edad, comprendió que no la estaba dejando hablar y decidió poner en práctica lo que hacía a diario con su hija: dejar que fuera ella misma la que contara sin presiones, el penoso caso que la tenía tan afligida.

—¡Fue a Pirringa! —prosiguió la niña entre sollozos mientras el detective sacó de uno de los cajones de su escritorio un cuadernito de colores que tenía guardado, para anotar los casos que tenían que ver exclusivamente con los niños.

—¿...Lo saben tus padres?

—No, ellos solo trabajan —contestó la niña entre sollozos.

—¿Y sospechas quién pudo haber cometido ese grave delito?

—No lo sé... pero ahora que las cosas han pasado, recuerdo que hace unos días mi muñeca venía triste y más de una vez se negó a jugar conmigo —prosiguió Manuela inconsolable, mientras apretaba la manzana contra su pecho.

Lleno de comprensión y ternura ante aquella conmovedora confesión, el jefe pensó que todo aquello que haga llorar a un niño es porque de verdad lo lastima; y por ello no dudó un instante en ayudar a su joven clienta poniendo a su servicio toda su experiencia profesional.

—¿Cuántos años tenía Pirringa? —prosiguió el gran jefe, como si de resolver el más macabro de los crímenes se tratara.

—Nunca me lo quiso decir..., era muy vanidosa... —contestó

Manuela en voz baja, como quien guarda un gran secreto.

—...Bueno, así son todas las muñecas del mundo... —la interrumpió el detective con una mirada cómplice.

—¡Eso es mentiras, a mi no me importa que todo el mundo sepa que yo apenas tengo 6 años!, protestó Manuela contrariada.

—...Si, si, tienes razón —se apresuró a corregir el jefe con tono apenado— lo que pasa es que me dejé llevar por lo que me cuenta mi hija mayor de su muñeca favorita...

—¿Y qué le dijo ella? —preguntó Manuela olvidándose por un instante del motivo de su visita.

—Que su muñeca se niega a contestarle cuando le pregunta la edad... —le repitió el jefe al oído.

—¿Y cuántos años tiene su hija?

—...Mmm... no sé, tampoco ella me lo ha querido decir a mí...

—¿Y por qué no, sabiendo que usted es su papá?

—Parece que ha hecho un pacto con su muñeca, y tú sabes que los pactos no se pueden romper, porque si se hace, se pierde la confianza para siempre y cuando ello ocurre ya nada volverá a ser igual entre esas personas...

—Pero yo jamás he traicionado a Piringa —se lamentó la niña mientras se cubría los enrojecidos ojos con la manzana y volvía a reanudar su lastimero llanto.

—Bueno..., a lo mejor hubo un mal entendido... no sé... eso le pasa a todo el mundo... —le contestó el jefe suavemente.

—¡Pero Piringa no es como todo el mundo! —casi gritó Manuela.

—Sí, sí, eso ya lo sé... ¿por qué más bien no me cuentas cómo y quién era tu amiga?

—...Es que no quiero traicionarla... —contestó Manuela

mientras le lanzaba una mirada de reproche al gran jefe.

—No, no, yo no te pido que la traiciones, pero si no me cuentas aunque sea como es su aspecto, creo que me será difícil ayudarte. Para empezar, cuéntame ¿quiénes eran sus padres?

—...Yo, la verdad nunca supe si creerle o no, ¿sabe?, porque Piringa es un poquito fantasiosa: un día me contó que su papá era un africano llamado Changó; pero yo sé que eso no es cierto, porque otro día me dijo que su mamá se llamaba de igual manera, y cuando la cogí en la mentira, se enojó toda y me dijo que yo no entendía nada de nada, que en su tierra una deidad podía ser masculino en un lugar y femenino en otro, que lo que importaba eran sus cualidades... pero lo que sí le creí fue lo de su color...

—¿Y qué te dijo al respecto...? —le preguntó el jefe mirándola con ternura.

—Ah, que cómo nació de noche, por eso tenía ese color oscuro... ¡pero ahí si le veo lógica... ¿no cree usted? —recalcó Manuela.

—... ¡Desde luego!..., ¡allí no cabe ni la menor duda! —asintió el jefe, mientras sonreía y movía la cabeza afirmativamente.

—Bueno, ¿y por qué no creerle? —prosiguió el jefe: a mí no me parece que ella hubiera querido engañarte..., recuerda que Dios es padre y madre de todos...

—Sí, eso dicen mis padres...pero yo no entiendo por qué yo tengo dos padres y ella dice que el de ella es uno que hace de padre y de madre...

—¿Y tiene más hermanos o hermanas? —le volvió a interrogar el gran jefe

—Sí, tiene una hermanita más, que se llama Guernica...

—...Ah... ahora entiendo, ¡seguro salieron a pasear las dos!

—¡No, no diga eso ni en charla! —lo interrumpió Manuela—

¿no ve que si salen solas alguien les puede hacer daño?

—...¡Claro! —asintió el jefe apenado— los niños no deben salir solos a la calle...

—Es que ellas son discapacitadas... —prosiguió Manuela como quien ignora una necesidad.

—Bueno pero tú tranquila, que si les llegara a pasar algo, seguro que un alma bondadosa las recoge y las lleva a un hospital...

—¡Eso es lo que me da miedo —contestó Manuela con aire de gran preocupación— Piringa es tan solidaria, que si ve a un niño necesitado de algún órgano que ella tenga repetido, se lo dona; eso fue lo que hizo con Guernica, y si la llevan al hospital de allí a lo mejor no vuelve a salir nunca más...

—¿Y qué le pasó a Guernica? —preguntó el jefe, más intrigado que nunca.

—Guernica es una muñequita desplazada que llegó pidiendo agua a la casa de Piringa, pero además pedía el favor que se la ayudaran a tomar, porque una mina le voló las dos manos; y Piringa no solo le regaló el agua y se la ayudó a beber, sino que desde ese día se quedó con ella y le dijo que como ella tenía dos manos, le regalaría una para que se pudiera alimentar y defender por si sola en la vida.

—Ahh... ya caigo... —afirmó el gran jefe— ¿y fue en ese hospital donde las opera...?

—¡Noooooo! —lo interrumpió Manuela sin dejarlo terminar— esa operación se las hice yo, pero lloré todo el día y toda la noche, y como no quise comer nada en ese tiempo, mis padres se enojaron conmigo y amenazaron con prohibirme esa amistad... ¡y yo no quiero pasar por otro dolor tan grande!, terminó Manuela, mientras se abrazaba inconsolable al gran jefe.

—¿Y cómo lo hiciste, acaso sabes algo de medicina?...

—¡Fácil —dijo Manuela— hice clic en la manito de Piringa y se la corté y luego hice clic en un bracito de Guernica y se la pegué! Claro que ahora me da mucha risa verlas, sobre todo a Guernica, pues como nació de día, se ve muy charra con una manito de alguien que nació por la noche... —finalizó Manuela mientras lanzaba las únicas carcajadas que se le habían oído durante su penosa declaración.

—Pero si es su hermanita —la interrumpió el gran jefe— ¿Por qué son de distinto color?

—¡Usted no entiende nada —lo increpó Manuela decepcionada— acaso es que no sabe que en el mundo donde vive Piringa todo es posible?

—Sí, perdona que lo haya olvidado..., pero te aconsejo que le digas que si quiere evitarte ese dolor nuevamente, lo mejor es que no siga donando más órganos, no vaya a ser que salga quedando discapacitada del todo.

—Eso es imposible —contestó la niña más segura que nunca— ya se lo he dicho varias veces y siempre me responde que lo que se hace por amor; no admite discusión...

—Ah, pues mira que lista es tu muñeca...

—Sí, lo que pasa es que como oye todo el día a mi mamá decir que por lo único que merece la pena morir -además de viejo-, es por amor; ella me hizo que la llevara a una institución donde se donan órganos y allí estampó su firma.

—Tranquila, no te desesperes, ¿por qué no pensamos en otra posibilidad?

—¿Cómo cuál? —preguntó la niña esperanzada, abriendo sus enormes ojos negros.

—No sé... se me ocurre pensar en los sitios que más le gustaba frecuentar a Piringa... ¿cuál era su rutina diaria?

—Ella era muy dormilona —prosiguió Manuela mientras apretaba entre sus temblorosas manos lo que antes había

sido una jugosa y hermosa manzana azul— y solo se despertaba cuando yo salía del preescolar por la tarde. Entonces jugábamos hasta que llegaba la hora de la comida... ¡es que ella no tiene más amiguitas y yo tampoco!

—¿Y luego qué más hacían?

—Yo me ponía a hacer las tareas y ella se acostaba a dormir otra vez dentro del computador hasta el otro día que yo volvía de estudiar...

—Ahh, ya entiendo —murmuró el jefe poniendo cara de satisfacción, como quien ha descubierto la fórmula del amor eterno— ¿por qué más bien no piensas que Pirringa salió a meditar para encontrarse consigo misma?

—¿Y es que para encontrarse consigo misma tenía que “echarse a perder”? no lo entiendo —sollozó Manuela— además, ella me tiene a mí y nada le hace falta...

—Bueno, a veces las personas no solo necesitamos que se nos quiera y se nos cuide... también necesitamos saber un poco más de quiénes somos, qué puesto ocupamos en el mundo, para dónde vamos y a qué vinimos... o sea, cuál es nuestra misión.

—¿Y cómo sabe uno qué puesto ocupa en el mundo? ¿O será acaso que yo no ocupo ni el último puesto en el corazón de Pirringa y por eso se fue?... —preguntó la niña ingenuamente.

—Bueno, eso se aprende viviendo la vida —prosiguió el jefe mientras la tomaba de las dos manos y la miraba a los ojos— es como esas mochilitas donde echan todos los números para hacer una rifa, ¿lo has visto?

—Sí —contestó Manuela.

—Pues bien, alguien mete la mano y va sacando número tras número, y casi nunca el uno es el que sale de primero, ¡y no por eso deja de ser el que va delante de todos!

—Sí, sí, —asintió Manuela animándose un poco más— un día

en el preescolar hicieron una rifa de un peluche, del 1 al 15 y ganó el 7 que salió de último...

—Bueno, entonces ya aprendiste que el ganador es el que sale al final, ¡y tampoco era el último en la lista, y que no por salir al final es el perdedor!

—Ya entendí —asintió la niña.

—Así mismo somos las personas —prosiguió el jefe— cuando tú aprendes a discernir y a aceptar qué número o qué lugar ocupas en el mundo y en el corazón de los demás, no te volverás a sentir traicionada ni abandonada, porque así pase lo que pase, sea que salgas de primera o de última en la rifa de la vida, ¡nadie te arrebatará el lugar que tú misma construiste y sabrás dar y recibir sin esperar ni más ni menos de lo que cada persona te puede dar!. Así que si Pirringa no volviera nunca más, tú ya sabrías cómo hacer para aceptarlo.

—O sea que Pirringa ahora mismo está participando en una rifa para descubrir qué lugar ocupa en el mundo?

—Digamos que algo parecido... —asintió el jefe mientras le secaba nuevamente las mejillas con su pañuelo— ella está demostrando que está creciendo y que debe construir su propio espacio en la vida...

Con el misterio ya resuelto, el gran jefe simuló mover sin querer el mouse de su computador y para sorpresa de la niña, aparecieron al instante en la pantalla, un grupo de muñecas juguetonas que le guiñaban el ojo y le decían algo cifrado que el gran jefe no entendió. La niña saltó de júbilo y lanzando un grito exclamó:

—¡Son ellas, las amigas de Pirringa! —pero con la misma rapidez con que había puesto cara de felicidad, su rostro se volvió a tornar triste y exclamó entre sollozos—: ¿Por qué aparecen aquí en su casa y no en la mía?...

Conmovido, el gran jefe la envió de vuelta a su casa con el mejor técnico que tenía la empresa, no sin antes prometerle

que él se las iba a hacer aparecer en unos minutos.

Cuando salió de la oficina, iba tan radiante y tan feliz, que el humilde portero no pudo reconocerla y solo cayó en cuenta quién era, cuando después de dirigirse al cesto de la basura y de recoger y examinar una bolita de papel arrugada y húmeda que la niña había arrojado desprevenidamente al salir, comprobó que era la misma personita inconsolable que había llegado no hacía mucho rato.

De inmediato se dirigió a la oficina del gran jefe y mostrándole el arrugado y húmedo papel le formuló la misma pregunta que le hizo cuando llegó la niña:

—¿Jefe, dónde consigo una manzana azul tan bonita y jugosa como esta? —pero cuando el jefe se disponía a contestarle, sonó el teléfono y la más alegre de las voces del mundo le gritó llena de júbilo desde el otro extremo de la línea:

—Jefe, apareció Pirringa, claro que solo una pierna, un riñón, una oreja, un ojo y su corazón color noche... era lo que usted sospechaba, se fue al hospital y donó todos sus órganos, pero no le hace, yo la repararé nuevamente. Ahh, y le manda decir que no sufra por ella, que mientras el amor no pueda ser manipulado ni siquiera virtualmente, y que haya hombres como usted, que así lo crean y lo vivan, el mundo estará a salvo para siempre!.

Eran más de la diez de la noche y un rayo de luz se colaba por debajo de la puerta de la pieza de Manuela; la nana decidió ver que ocurría y al ver a la niña dormida sobre el teclado del computador, la cargó, le puso la pijama y la acostó a dormir.

Luego, como casi todas las noches, se dispuso a apagar el computador; un aparato tan evolucionado para su gusto y con el cual su generación siempre se había resistido a interactuar, porque además de considerarlo un distractor, no representaba una herramienta de trabajo digna de fiar; y por eso la única orden que había aprendido a darle ¡y la única que le gustaba!, era APAGAR EQUIPO.



Y, como casi todas las noches también, le tocó oír los ruegos y súplicas de dos muñequitas tan distintas entre sí como el día y la noche, que de rodillas y con lágrimas en los ojos, le imploraban que no apagara la luz, que ellas no eran las culpables de que Manuela se hubiera quedado dormida, que le estaban contando un cuento para distraerla un poco y sacarla de la profunda tristeza que siempre reflejaba...; pero la nana que poco o nada creía en la virtualidad, una vez más y sin oír las conmovedoras súplicas, hizo un clic y las dejó encerradas como siempre. Tercer fin.

**Fin**

## LA GUERRA SUMA, LA PAZ RESTA

**Autora:** Adriana María Montoya  
Vereda El Encanto, Caicedo - Antioquia

—“Cada día corre más sangre que agua por nuestros campos y ríos; cada vez se pierden más vidas sin sentido alguno; cada día son más los campesinos que se ven obligados a abandonar sus tierras, sus viviendas y sus propias vidas; cada vez más, los grupos armados y bandas, engrosan sus filas reclutando jóvenes en contra de su voluntad”.

Esto era lo que pensaba Chucho Santacruz desde el día que un grupo al margen de la ley acabó sin un por qué, con la vida de sus padres. Desde entonces, Chucho, un joven apuesto y fuerte, se había trazado un solo objetivo en la vida: ¡vengar la muerte de sus padres, aunque para ello le tocara olvidarse de sí mismo y de sus estudios!. Por eso nunca fue a la escuela y a sus veinte años no sabía ni las vocales; pero en su cerebro había inventado las mil y una manera de cómo se vengaría de los asesinos de su familia cuando los encontrara.

—En el ejército enseñan a leer y a escribir —le habían dicho algunos amigos de infancia que ya habían pagado el servicio militar; pero él, ciego de odio, no le importaba si le enseñaban o no; pensaba que ya tenía una profesión y solo se graduaría el día que pudiera saber quién había matado a sus padres y vengar con sangre su orfandad.

En medio de su incansable búsqueda, conoció la mayoría de grupos al margen de la ley que hay en el país, porque de todos se retiraba cuando confirmaba que no tenían nada que ver con su desgracia.

Hasta que un día en medio de un combate que sostenía su nueva institución contra el grupo de “Los Primos”, una bala

lo hirió en su mano izquierda, con tan buena suerte que no le tocó el hueso. Sin embargo, la sangre era tanta que decidieron llevarlo a una sala de enfermería improvisada que montaron en la habitación del comandante en jefe.

Tan pronto entró a la habitación, le llamó la atención el enorme cartel a colores que cubría casi en su totalidad una de las paredes de la improvisada enfermería; y en el que su jefe ocupaba la parte central.

—¿Quién es él? —le preguntó a uno de los enfermeros.

—Has botado tanta sangre que ya no distingues ni la cara del jefe —le respondió el enfermero con cierta preocupación.

—¿Y las fotos que hay a su alrededor? —volvió a preguntar Chucho con cierta curiosidad.

—Esas fotos más pequeñas son las de todos y cada uno de los campesinos subversivos que mi comandante ha matado —respondió el enfermero recluta con orgullo.

¿Y quiénes son?

—Hermano, usted hace muchas preguntas —le respondió el enfermero— ¿O es que está delirando?.

—Lo que pasa es que al igual que usted, yo también me quiero empezar a sentir orgulloso de mi comandante, pero como tengo la vista nublada por la cantidad de sangre que he botado, no soy capaz de distinguir las letras. Pero le apuesto que si me dicen los nombres de cada uno de esos subversivos, me los aprendo y los recito cada día mientras hago los ejercicios y eso me daría más ánimos para entrenar.

—¡Hermano, qué gran idea! —le respondió el enfermero con entusiasmo— espere que me desocupe un momento y yo se los leo, con el compromiso que entre los dos los gritemos a voz en cuello todas las mañana en el patio de entrenamiento. Mientras tanto, coja mi radio y oiga música o lo que quiera, para que no se aburra.

Cuando el combate hubo terminado y el enfermero se desocupó, cumplió con su palabra, y sin más preámbulos empezó a leer los nombres de los cientos y cientos de “subversivos” que su jefe había tenido el honor de dar de baja: Pedro Rojas, Pablo Pérez, Lucía Marín, Carlos Cano, María Salas...; mientras Chucho lo escuchaba con total atención; pero cuando pronunció el nombre de Jaime Santacruz y a continuación el de Silvia Mora, no pudo contener un grito de dolor que salió desde lo más hondo de su corazón. El enfermero lo miró asustado y le preguntó:

—¿Qué le pasó hermano?

—Que me lastimé el brazo sin querer —se apresuró a decir Chucho.

Pero no había dudas, su flamante jefe había sido el miserable que cuando él apenas tenía seis (6) años había ultimado a quemarropa a sus padres y luego les puso un vestido de camuflado que para entonces él pensaba había sido un bonito gesto, pues antes de ultimarlos, dos integrantes más de aquel piquete criminal les habían arrancado la ropa sin ningún recato.

Pensando que el dolor se había apoderado de él, el enfermero le aplicó una inyección para dormirlo; pero era tanta la rabia que Chucho sentía, que la inyección no le hizo el más mínimo efecto; pero aplicando una de sus múltiples formas de venganza que había ideado durante catorce años, decidió hacerse el dormido.

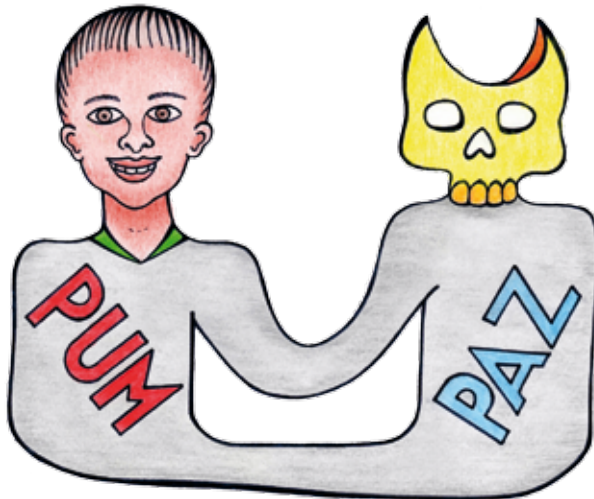
Al día siguiente se madrugó y sin que nadie lo sintiera ni viera, entró al sitio donde había amanecido durmiendo el Comandante; y aunque eran casi las siete de la mañana aún se encontraba dormido; pero no por la fatiga que le había dejado el combate, sino porque una de las subversivas que habían capturado el día anterior, “lo había hecho trasnochar”.

Chucho llevaba un cuchillo en la mano, y aunque la chica le hizo señas que lo degollara que estaba borracho; las

palabras que le oyó decir a su papá poco antes de que el comandante lo matara, le atezaron la mano: “Recuerde comandante, la guerra suma muertos, el perdón y la paz, se los restan”.

Entonces pensó que la mejor manera de vengar la muerte de sus padres era practicando las palabras que le había oído decir a su papá; y acercándose a la cama le susurró al oído al comandante: *“Tranquilo hermano, yo lo perdono porque me quiero sumar a la resta de la que hablaba mi papá”*. Pero el comandante estaba tan borracho que se dio media vuelta, tomó a la subversiva por la cintura y le dijo entre dientes: *“este negocio no se puede acabar, y usted y yo debemos aliarnos desde hoy en adelante”*.

**Fin**



## LA INMORTALIDAD DE LA VIDA

**Autor:** Raúl Rodríguez Tamayo  
Vereda El Encanto – Caicedo, Antioquia

En el principio de los tiempos cuando no existía nada de nada, el gran creador, un señor llamado “Colores”, estaba tan solo y tan triste que nunca comía, dormía o bebía.

El espacio nunca había estado tan vacío, y tan simple... era un mundo en ciernes, pequeño, opaco y poco prometedor...

Hasta que un día el señor Colores agobiado por la soledad, acudió a una pequeña chocita que tenía como laboratorio para crear todo tipo de cosas que le dieran sentido a la vida, pero todos los experimentos le resultaban fallidos. Pero esta vez decidió prender un pequeño y abandonado fogón viejo que tenía en un rinconcito de su choza; pero como hacía tiempos que no lo hacía, ocurrió una gran explosión que generó un material oscuro llamado carbón, que pintó de negro todo lo que don Colores conocía por mundo, ¡incluido él mismo!. De todas maneras don Colores se sentía orgulloso, ¡había creado un nuevo color y el concepto de la ley de los contrarios, lo cual lo retaba a descubrir y crear el color opuesto a la oscuridad; ¡era algo diferente y lo nombró negro y como apellido Color!.

Ese carbón se multiplicó velozmente y en menos tiempo de lo que don Colores se imaginó, su mundo y el espacio que lo rodeaba se oscurecieron en minutos; pero aún así, don Colores no se desanimaba, aunque ahora tenía un nuevo problema: ¡no veía absolutamente nada, y en medio de la confusión y la oscuridad, se le extravió su viejo fogón! y por más que lo buscó desesperadamente no lo halló.

Mientras tanto, los pequeños trozos de carbón desarrollaban autónomamente el soplo de vida que se les había concedido, y el mundo de Don Colores amenazaba con convertirse en un pequeño pero denso agujero negro en el cual la vida no podría tener futuro.

Pasaron miles de años hasta que un día cualquiera don Colores pudo encontrar su fogón.

Como era de suponer, se dedicó de inmediato a experimentar una y mil veces: quería crear algo distinto porque los carbones no lo satisfacían del todo y estaba cansado de tanta oscuridad. Pero cuando ya estaba a punto de rendirse, en medio del negro carbón surgió el ser más hermoso y perfecto que jamás alguien hubiera visto: era una pequeña llamita azulada, tan pequeñita e incipiente que irónicamente los carbones no le auguraban ningún futuro; pero era la semilla de la vida y antes de que se fuera a morir, sollozando de alegría, don Colores la bautizó con un nombre para darle asidero en su pequeño mundo y la llamó "Violeta" y por apellido "Color".

Pero Violeta Color no decía nada, no se comunicaba... solo existía, y ya eso era demasiado para don Colores, que hasta entonces había vivido rodeado de un mundo de carbones egoístas que nunca hicieron nada por ayudarlo a crear un tipo distinto de vida.

Lo que nadie se imaginaba era que de ahí en adelante esta pequeña llamita "violeta" tan hermosa y única, guardaba silenciosamente el don de dar vida y color por donde pasaba y a todo el que la viera; aunque esto no le gustaba para nada a los fríos carbones que observaban como la desahuciada llamita generaba una vida nueva día tras día; y aunque intentaron apagar su creativa chispa, la pequeña resultó más fuerte de lo que ellos creían.

Don Colores comprendió que el egoísmo era el peor de los males que había crecido en el alma de los carbones, y aunque

quiso revertir su “error” prendiendo su viejo fogón una y otra vez; comprendió que si les había insuflado autonomía, debía respetar sus propias reglas y principios; y fue así como a la pequeña Violeta le tocó vivir en un mundo lleno de egoístas que acabaron por desgastarla y apagar su magia y su creativa belleza.

Don Colores se sintió agonizar cuando observó que con cada lágrima que la agonizante Violeta derramaba, desaparecía un color de su mundo, y cómo cada vez lo que iba quedando de su gran invento era un pequeñito trozo de frío carbón, y por más que lo soplabla no logró volverlo a encender. ¡Y su mundo se volvió a tornar simple, rutinario y deprimente cuando Violeta quedó perdida en medio de montañas de apagado carbón!

Nunca nada volvió a ser igual y hasta los carbones se dieron cuenta que se habían enfriado interiormente. Su mundo había vuelto a la simpleza de anteriores años.

¡Pero don Colores no se daba por vencido! Lo preocupante era que sabía que el arte, la belleza, el amor, la felicidad y la risa son el único remedio para revivir el alma de las cosas... ¡y a Violeta le faltaba algo de ello! Entonces mandó traer a los carbones más sensibles para que la buscaran; pero no todos querían encontrarla y aunque buscaron miles de años carbón por carbón, la pequeña vida seguía extraviada en un mar de egoísmos y envidias, lo cual provocaba una risa gris en los carbones.

Cuando ya solo quedaban esquirlas de carbón común y toda esperanza se había agotado, don Colores se dirigió a un pequeño y desolado lugar del espacio y luego de cerciorarse de que nadie lo oyera; lanzó uno de sus jocosos comentarios con los que se recriminaba a sí mismo cuando un nuevo experimento no le salía; y para su sorpresa, esta vez no se oyó la risa gris de los carbones y como por arte de magia su mundo empezó a aclarar.



Intrigado se preguntaba el por qué de ese repentino cambio, cuando lo sorprendió una pequeña y tibia risita que aumentaba a medida que la suave brisa que lo acompañó durante años a buscarla, le insuflaba vida y calor.

Entonces fijó su vista en ese desahuciado rincón lleno de pequeñas e incipientes esquirlas de carbón común y vio cómo tras un suave rocío se formaba un reluciente arco iris de vivos colores que llenó de inmediato todo el universo y por primera vez quedó establecido el día y la noche: ambos eran imprescindible para poderlos disfrutar y el uno sin el otro no tendría sentido.

¡No había dudas, Violeta había vuelto para quedarse!

Desde entonces Violeta (la vida), no ha dejado de sonreír, y aún en los peores momentos, contra toda esperanza y adversidad, su omnipresente inmortalidad nos hace sentir que jamás desaparecerá, porque aunque sea frágil como la brizna más pequeña que nos podamos imaginar, ella es el seguro de vida que le da sentido a la existencia de don Colores.

**Fin**

## LO QUE NOS HACE DIFERENTES

(Febrero 3 de 2018)

**Autora:** Francined Palacio Rueda  
Vereda El Encanto - Caicedo, Antioquia

Matilda solo tenía 10 años, si a pesar de su corta edad, su curiosidad no tenía límites y se podía decir que esta, duplicaba su edad.

Un día que regresaba de la escuela y camino a su casa, escuchó que los integrantes de un grupo de “limpieza social” se quejaban en voz alta de que ya se les había llenado la taza, que no tenían por qué aguantarse ni un minuto más a tanto anormal, a tanta gente diferente... *“es que no deben estar en el mundo”*; concluyeron.

Mati, como le decían sus amigos y familiares, continuó nerviosa su camino, pero no podía sacarse de la cabeza aquellas palabras.

Tan pronto llegó a casa, le preguntó a su papá:

—¿Papá, qué es ser diferente?

—¿Por qué lo preguntas? —le respondió Gabelo, que sabía que su hija nunca preguntaba algo que no estuviera asociado a algún acontecimiento interesante o que fuera altamente importante; pero él apenas si sabía leer y escribir y no siempre podía contestarle a su hija; por ello le sugirió que le preguntara a su hermano.

—Toño salió a hacer una vuelta —le contestó Mercedes a Mati, cuando le preguntó por su hermano.

—¿Para qué lo quiere? —le preguntó Merce al verla tan interesada en su búsqueda.

—Es que quiero que me aclare qué significa ser diferente; ¿usted por casualidad lo sabe?

—Si no lo sabe su papá, mucho menos yo que nunca fui a la escuela —le respondió su madre.

Pero esa misma noche después de los disparos, los rumores se esparcieron más rápido que el sonido de las balas y no tardaron en llegar a la casa de los padres de Mati: ¡habían matado a Toño!, el hermano de 14 años... ¡por diferente!, rezaba el cartel que colgaba de su pecho.

—“Culpa suya” —le reprochó Gabelo a Merce; pues las veces que le quise enseñar a ser hombre usted se oponía.

—¿Y es que su hijo tenía alguna característica que lo hiciera ser tan raro? —le respondió Merce conmocionada hasta las lágrimas con la terrible noticia.



—No se haga la boba que usted sabe a qué me refiero —le contestó Gabelo

—A ver, dígame usted, que lo conocía tanto bien por ser su

hijo: ¿tenía cachos, cuatro patas o un solo ojo? o ¿qué era la peste contagiosa que el niño tenía?

—Yo lo único que sé es que a uno no lo matan así porque sí; que por algo fue y no me haga decírselo delante de la niña —la recriminó Gabelo.

—O sea que para usted ha sido una muerte más que justificada —le reprochó su mujer mientras le voleaba la mano frente a la cara.

Gabelo no contestó nada; pero esa misma noche su hija entendió el significado de la palabra “diferente” y de paso confirmó que no quedaban dudas... ¡su padre era diferente, y que a veces hay monstruos que se encarnan en seres humanos!

**Fin**

## QUE VIVA EL MACHISMO

(Febrero 2 de 2018)

**Autora:** Jessica Fernanda Montoya Zapata  
Vereda El Encanto - Caicedo, Antioquia

—Hay que levantarse a las 3:00 de la mañana porque no se consiguieron trabajadores y el café maduro se está cayendo —le dijo Hilario a Marcela, en un tono que no admitía discusión ni revire.

Pero eso no era nuevo para ella, pues cuando no era porque el café se estaba pasando de maduro y empezaba a caerse, era porque había que abonarlo, despulparlo, lavarlo, secarlo, zarandearlo o estar pendiente todo el día para entrarlo a las carreras cuando hacía mal tiempo y el aguacero se venía sin previo aviso. En esos días, había que madrugarle al sol para que cuando este apareciera ya estuviera todo regado y se secara antes que la lluvia lo mojara.

Por ello sus días empezaban por lo general a la misma hora y siempre con la misma rutina: moler el maíz y asar las arepas, montar el aguapanela, lavar los trastes del día anterior, fritar los huevos o hacerlos revueltos; organizar el almuerzo que por lo general consistía en hacer el arroz, fritar o guisar la carne o salchichas, pelar papas para el sudao, fritar tajadas de maduro, empacar el aguapanela en las botellas vacías de gaseosas, empacar los despaches de ella, su marido y los niños para que llevaran a la escuela. ¡Por último, antes de bañarse sacar tiempo de donde no hay para lavar parte de la ropa y evitar que se le acumule para el fin de semana.

Pero aquel lunes de octubre las cosas fueron peores: eran las 5:30 y su marido no se había levantado porque había

amanecido enguayabado y cuando ella lo llamó para que desayunara, la mera palabra “desayuno” le revolvió las tripas y antes que pudiera levantarse vomitó las sábanas y las cobijas.

—¿Usted como que no va a aprender nunca, no? —le recriminó furioso— casi me hace vomitar las tripas... ¿Es que no ve que ayer me tomé unas cervezas y me hicieron daño? —continuó Hilario, como quien tiene toda la razón del mundo— Así es que adelántese y vaya recogiendo café que cuando se me pase esta maluquera yo le caigo por allá. Ahh, y vaya cogiendo primero donde hay marra que usted a veces es como brutica y es capaz de empezar por el más verde.

Como había llovizado, el cafetal estaba mojado y el terreno resbaladizo; pero Marcela no tenía otra opción: se envolvió en un extenso plástico que la enredó y le produjo más de una caída; y por supuesto le impedía desempeñarse con agilidad. Además sabía que no era que no se encontraban trabajadores, sino que su marido se había bebido la platica de la carga de café que había vendido ese domingo en la Cooperativa, y por esa razón les tocaba coger el café a los dos. El único consuelo que le quedaba era que había aparecido con un mercadito que por lo menos alcanzaba para hacerle el despache a los muchachos, aunque no les hubiera traído los útiles que les faltaban ni la ropita que les había prometido tan pronto se empezara a vender el café.

Cuando fueron las 8:00 de la mañana, se dispuso por fin a desayunar y aprovechó para sentarse un ratico porque los cólicos menstruales le atenazaban el estómago como las garrapatas cuando se pegan a las tetas de las vacas, y apenas si podía mantenerse de pie. El dolor era tan fuerte que apenas si pudo tomarse unos tragos de aguapanela y continuar con el tajo, para que cuando Hilario llegara no la cogiera a punta de gritos o cantaleta porque no le había rendido nada. Pero antes de pararse sacó un limón del bolsillo de los pantalones y se dispuso a partirlo para tomárselo vivo; con tan mala

suerte que el machete le cortó justo el dedo índice y la sangre empezó a salir a borbotones.

Como pudo se amarró el dedo con un trapito y prosiguió la tarea; pero la sangre no paraba cuando Hilario apareció a las 11:00 y tan pronto verle la mancha roja la recriminó:

—¿Otra vez con esas bobadas?, definitivamente usted se corta hasta pelando un banano maduro —pero Marcela no respondió nada, pues entre el dolor menstrual, las caídas, la cortada y los comentarios de su marido, ¡no sabía cual le dolía más.

A las 12:00 en punto el grito de Hilario se volvió a escuchar:

—¿Usted es que me piensa dejar morir de hambre o qué? —rugió exigente— ¿O es que no se acuerda que no desayuné?

Sin decir una palabra abrió las cocas con el despache y le entregó a Hilario la cuchara para que comiera.

—¿Y es que usted no piensa comer o es que se está embobando del todo? —rugió Hilario otra vez.



—No tengo hambre —respondió Marcela sacando fuerzas de donde no tenía.

—Después no vaya a decir que es que yo la estoy matando de hambre —volvió a terciar Hilario; pero Marcela no volvió a contestar nada; solo quería que el día terminara cuanto antes y que fueran siquiera las 9 de la noche para poder tenderse en la cama a descansar; pues temía que por la noche su marido le pidiera “asistencia” sexual, y ella apenas si tenía fuerzas para respirar.

La jornada se le hizo interminable..., pero menos mal cuando fueron las 4:00 de la tarde Hilario decidió que estaba “mamado” de tanto coger café y que ya era hora de irse. Marcela se dirigió al establo a picarle caña al macho y antes que se oscureciera y los niños y su marido le pidieran comida, se puso a sacarle el vómito a las sábanas y cobijas que su marido había ensuciado por la mañana; pero el agua y el jabón le revivieron la herida y esta comenzó a teñirse de rojo. Fueron momentos eternos, pero debía hacerlo porque si no amanecían lavadas y secas, su marido le pegaría el regaño del mes porque él no había nacido para aguantar frío...

Terminó de lavar a las 5:30 de la tarde, justo el tiempo que necesitaba para montar el arroz de la cena, freír salchichón y unas tajadas de papa, y montar la infaltable agua panela. A las 6:00 en punto sirvió la comida, pero como estaba tan cansada el cuerpo no le dio para lavar los platos, y su marido no quiso que ninguna de las niñas le ayudara, pues estaban muy pequeñas y además porque esos eran oficios de la madre y no podía alcahuetearle la pereza que mantenía a todas horas.

Cuando por fin pudo tirarse a “descansar” a las 9:00 de la noche luego de haber escuchado los triunfos y quejas de sus hijos, y reír aunque le doliera el alma y el cuerpo; tal como se lo temía ni siquiera la menstruación fue una excusa: ¡le tocó asistir a su marido para que no fuera a decir que tenía otro!; pero por más que se movió y hasta se quejó, no con el ánimo



de que Hilario se sintiera complacido sino para hacerlo venir rápido y se le bajara cuanto antes; al terminar escuchó el consabido “ustedé ya ni pa’ eso sirve”.

—Debemos luchar por nuestros derechos —le dijo la profesora el fin de semana que fue a reclamar las notas a la escuela— ya es hora que dejemos de pensar que las mujeres somos el sexo débil, nosotras somos verracas y capaces de todo... “la inclusión y la igualdad de género son un hecho”, madres.

Pero Marcela que apenas si podía pensar, se aterrorizó de semejantes ideas y con satisfacción pensó:

—Menos mal que aún eso de la igualdad y la inclusión no ha llegado por acá por la vereda, pues el día que nos declaren en igualdad de género, creo que nos matarán a punta de trabajo! Gracias Diosito que el machismo existe y que la mayoría de la gente considere que nosotras somos el sexo débil.

—La profe dice eso porque ella tiene su sueldo —le dijo una vecina que también había asistido a la reunión y que pareció adivinar los pensamientos de Marcela—pero nosotras que no tenemos ni sueldo, ni tierra, ni café ni nada, ¿para qué nos sirven esos derechos?

Pero Marcela no estaba para discutir con nadie, además tenía que darse prisa para aprovechar el poco sol que quedaba para acabar de secar un café recién lavado... sin embargo la hacía feliz pensar que sus hijos no repetirán su historia, porque Mariana de 12 años quería estudiar ingeniería, Margarita de 11 abogacía, Martha de 10 medicina, Manuela de 9 odontología, María de 8 periodismo y Mario de 7 dice que él lo que quiere es casarse con una mujer como su mamá.

**Fin**

## RECUPERANDO LAS GARRAS

**Autor:** Luis Fernando Berrío González  
Vereda El Encanto – Caicedo, Antioquia

En una hermosa mañana de julio que el sol atravesaba los incontables ventanales que decoran los edificios de la ciudad, en medio del basurero más nauseabundo y terrible, se encontraba un gatito sucio y mal oliente llamado Totó, maltratado por las agotadoras batallas libradas en busca de comida ¡y como si fuera poco, ciego!



Día tras día recordaba aquellos momentos en los cuales era feliz: disfrutaba de todas aquellas comodidades que podría

tener un gato; su buena almohada para dormir, abundante leche para beber y un amplio arenero para sus necesidades; además era poseedor de una vista tan clara, que podía darse el lujo de cazar zancudos a dos metros del suelo... ¡qué días aquellos!

También recordaba que su amo lo adoraba y cómo con gran ternura jugueteaban con un patito plástico como si ese fuera el último día de sus vidas. Pero el día menos pensado Totó empezó a perder visión, y su amo al ver que se tropezaba contra todos los muebles de la casa; entendió que su adorada mascota se había quedado ciega del todo. Entonces las cosas cambiaron radicalmente: su amo lo fue dejando de lado, ya no jugaba con él ni lo consentía como antes; y por último lo reemplazó por un gato angora que le hizo la vida imposible; y un buen día de invierno lo depositó en una jaula de alambre y lo arrojó a la basura, sin lastima alguna.

Totó se sentía desde el fondo de su corazón humillado, maltratado y discriminado; y aunque al principio le costó descifrar a dónde lo había arrojado el carro recolector de basura, pronto descubrió por el olor que se trataba de un gigantesco botadero de basura donde lo tenían como el más infeliz y despreciado animal de todos, donde hasta las ratas lo pordebajeaban en todas las formas posibles.

Pasaron los días comprendiendo así que nada más terrible le podía suceder.

Desengañado y con el corazón encogido de orfandad, un día decidió terminar con todo y dejándose caer en medio de la calle sobre unos cartones, se quedó profundamente dormido, con la esperanza que una jauría de perros vagabundos lo descubrieran y se lo comieran, o que uno de los miles de carros de basura derramara sobre él toneladas de desperdicio y lo enterraran en vida.

Pero para su sorpresa, “despertó” en medio de un sorprendente sueño en el cual se encontraba en una hermosa

granja, donde el sol brillaba con más intensidad que de costumbre, las aves cantaban sus más hermosas melodías y el viento susurraba sus más grandiosas notas musicales sin parar. Pero lo que más le atrajo de todo lo que vio, fue el observar la libertad y tranquilidad en la que convivían todas las especies animales de la tierra. Pero un día después en ese sueño hermoso, todo cambió: ¡comenzó lo que hoy se conoce como “el Neolítico”, y todo se vino al traste para los animales!

Al despertar de aquel profundo sueño, el mundo le daba vueltas, ¡nunca antes había estado tan confundido!, pero recordando conversaciones que le oyó a su amo, se le vino a la memoria que en el Neolítico los animales habían empezado a ser esclavizados por los hombres, aunque ellos les llamen “domesticar”. Entonces Totó entendió la realidad en la que se encontraba, comprendiendo así que su impedimento era un milagro, que todo aquello lo llevó a formar una consciencia lógica sobre el por qué la vida había permitido que le sucediera todo lo que le había tocado vivir. Entonces las burlas, la maldad, la discriminación y el maltrato de las personas hacia todos los animales en las que estaba incluido él, tenían un propósito: ¡abanderar una toma de conciencia para enseñar a los demás animales a reclamar los derechos y libertades perdidas desde el Neolítico!

¡Sí, jamás volvería a ser una mascota, ya era hora de superar el Neolítico, y gastaría las seis vidas que aún le quedaban para hacer tomar conciencia a los demás animales de ello!

Su suave pero convencidora palabra tenía tanta lógica, que desde el momento en que lo escuchaban, los animales comenzaban a cambiar la forma de pensar y de vivir, y las ratas se convirtieron en sus más fieles pupilas, pues pasaron a ser el vivo ejemplo de cómo se puede sobrevivir durante toda una vida sin depender de la mano de un amo. Entonces todos admitieron que para ser felices solo hace falta ser libres y creer en sí mismos.

¡Su gran idea de reunir a todos los animales moribundos de la ciudad para que fueran partícipes de este gran sueño en común, era una realidad!

Mientras tanto y sin darse cuenta, al gatito se le comenzó a agudizar el órgano del oído, que es el sentido más desarrollado que poseen todos los invidentes sin excepción. Entonces, Totó comenzó a memorizar todos los sonidos que escuchaba, descubriendo que todo lo que existe en el mundo produce un sonido diferente que describe y/o relata toda la información del objeto, persona o animal; si es grande, pequeño, ¡e inclusive la forma que tienen y otras características!

Sí, ya no necesitaba de la vista, ya era un obstáculo superado. Ni emoción le daba esto que le estaba sucediendo, porque solo pensaba en cómo ayudar a los demás animales y hacerles tomar conciencia a las personas de que lo más querido es tener un amigo en las buenas y en las malas, y ese amigo más que una persona es aquel animal que lo acompaña y si es el caso lo protege; que cuando se acuesta está a su lado, echado esperando que se despierte para darle el primer beso, un lengüetazo en toda la cara, en otras ocasiones resbalar todo su cuerpo por las piernas del amo, para demostrarle que lo extrañaba y que quería que lo acariciara y jugara con él.

Con el paso del tiempo, Totó se convirtió en el modelo a seguir de grandes multitudes, sacando ese animal salvaje que domesticaron hace millones de años, no para ocasionar problemas; sino más bien para mostrarle un camino a los demás animales, que podían escoger algo más que ser un esclavo, un vil seguidor de la patanería humana que a cada momento solo pretende acabar con lo más hermoso del planeta, la vida.

—No será fácil, pero se puede lograr —advertía el gran Totó— primero serán unos pocos que creerán en esta gran revolución y verán los notables cambios que ocurrirán con

el tiempo, y los humanos se acostumbrarán a no tener mascotas, a vivir el diario compartiendo con sus familiares y amigos, o compartiendo con sus hijos y esposas.

Totó sabía que solo unos cuantos humanos querían verdaderamente a los animales; pero como dice el dicho “por uno, chupan todos” y para acabar con este abuso hacia los animales domésticos se necesitaba el apoyo no de uno sino de todos.

La noticia del gatito Totó se regó por todas partes, llegando numerosas víctimas de lugares remotos; lográndose un enorme éxito en la transformación y rehabilitación de animales a nivel mundial; formando poco a poco su más espléndida granja para todo aquel animal que quería ser libre; escapando de las temibles y horribles garras de aquellos amos despiadados que no perdían oportunidad para maltratar y regañar sin razón alguna.

Tiempos después, las calles de la ciudad se encontraban completamente solitarias: ¡perros, gatos y todas las mascotas que pudieron hacerlo, habían escapado de sus amos!. Ni siquiera por la más mínima equivocación se veía la sombra de un animal saliendo, entrando o cruzando las enormes construcciones en las que antaño pululaban mimadas y despersonalizadas mascotas.

Totó estaba completamente orgulloso de haber compartido este gran sueño con todos... y los humanos comenzaron a replantearse por primera vez sobre la relación que debían establecer con sus hermanos, los animales.

**Fin**

## SALVADO POR UN TAMAL

**Autor:** Jorge E. Sánchez Caballero  
Caicedo, Antioquia

Eran las cuatro y media de la madrugada cuando don Juan abrió los ojos: una pertinaz llovizna que había caído durante toda la noche amenazaba con arruinar el día más importante del año para él, ¡justo cuando se celebraban las elecciones y su futuro político y personal estaba en juego!

Como casi siempre, se despertó cansado. Los vecinos habían bebido y cantado toda la noche, y sus vivas y abajo lo habían logrado tensionar aún más; pero en su fuero interno, sabía que la causa del cansancio de esa mañana tenía otros motivos: el día anterior habían cerrado la campaña que tantos esfuerzos, sudores y contratiempos le habían costado; y como si fuera poco su mujer andaba de mal genio...

Se sentó en la cama y automáticamente, empezó a mover las piernas intentando encontrar de memoria las viejas chanclas que lo habían acompañado desde hacía años, pero por mucho que rastreó los pies, no las pudo ubicar... ¡nunca fue supersticioso, pero le hubiera gustado acordarse con cuál de los dos pies había tocado tierra ese día!

Se agachó, miró una y otra vez debajo de su cama buscando infructuosamente las viejas chanclas de plástico, pero para su infortunio descubrió contrariado dos muñequitas de trapo a medio hacer, que sus hijas habían estado cosiendo desde quien sabe hacía cuanto tiempo, ¡contraviniendo sus órdenes!, y eso lo malhumoró aún más: se los tenía terminantemente prohibido... ¡no se puede permitir que los hijos empiecen a jugar y a perder el tiempo desde pequeños!

Acompañado de un mechón de petróleo hecho de un frasco de vidrio marrón de cuya tapa agujereada salía una tira de trapo que hacía de mecha; se enrolló su toalla roja en la cintura, abrió la puerta y salió al patio. Caminó por sobre unas piedras para evitar el pantano y se dirigió al oscuro pozo donde arrojaban los desperdicios; el copioso aguacero de la noche anterior lo había hecho rebozar y amenazaba con desperdigar por el anegado patio toda la mugre que lo había alimentado por años. ¡Allí ahogó sin piedad ni remordimiento las indefensas muñequitas de trapo viejo!

Hubiera querido aprovechar el agua lluvia para bañarse en el patio, pero un presentimiento de que estaba siendo observado desde la casa vecina lo hizo desistir; por ello entró al cuarto de baño de paredes de tabla y recubierto con viejas cortinas de plástico, se despojó de su toalla, se tiró tres totumadas de agua para remojarse el cuerpo, se untó jabón de perro y se estregó como era su costumbre con un estropajo, porque si no, sentía que había quedado sucio. Se enjuagó y se secó.

Luego se paró frente al pequeño espejito que colgaba de una puntilla oxidada que estaba clavada en la tabla que hacía de puerta, y con una vieja cuchilla que pendía únicamente de sus gruesos y callosos dedos, se afeitó con la precisión del que maneja la más fina de las máquinas de afeitar; con la misma precisión milimétrica con la que relajaba los bocachicos que tanto le gustaban, para poder que les penetrara la sal y el limón con los que los adobaba.

Entró a la pieza, se puso la camisa y los interiores rojos que lo identificaban con su adorado partido; luego se puso el pantalón caqui y se llevó la mano al bolsillo de donde extrajo su vieja peinilla negra; ¡pero definitivamente aquel no era su día!, tan pronto se la pasó por la cabeza, se le cayeron dos dientes...

—¡Lástima que no pueda comprarme una roja —se dijo— eso estaría mal visto y pensarán que soy marica —y en ese



momento cayó en cuenta del por qué del mal genio de su mujer: exactamente desde hacía cuatro meses había decidido cambiar de cama y de cuarto, para poder quedarse hasta altas horas de la noche revisando y corrigiendo discursos y estrategias. ¡Su imagen política y su liderazgo se merecían ese y muchos sacrificios más!

Tan absorto estaba en sus pensamientos, que hasta se le había olvidado levantar a sus cinco hijos tan pronto puso los pies en el suelo; pues don Juan era de esas personas que defendían con fiereza sus derechos, pero pensaban que los que no hacen lo que ellos quieren, es porque son perezosos. Por eso, el trasnocho que padecía desde hacía años, también tuvieron que sobrellevarlos sus hijos, y así fuera para que se quedaran acurrucados en un rincón mientras cabeceaban, bostezaban y se espantaban infructuosamente las hordas de zancudos que a cada momento los mantenían enfermos de paludismo; él, los hacía levantar a la hora que él se despertara y se pusiera en pie... ¡muchas veces a las tres de la mañana!

Pero aquel día estaba tan tensionado, que no se acordó de despertarlos con los bruscos movimientos con los que siempre lo hacía, pues había algo que no le acababa de cuadrar... ¡tal vez era el no haber recibido los auxilios que siempre llegan por épocas de elecciones y con los cuales los candidatos “ayudan” a que los electores depositen sus votos...!

Exprimió un limón, se untó las manos con el espeso jugo del cítrico y luego se las pasó por la cabeza para acomodarse el rebelde mechón de pelo castaño que lo había desafiado durante toda su vida... —¡lástima no tener la gomina con que se peina el candidato de su partido! —pensó.

Su mujer le puso el desayuno en la mesa; pero él, sin decir nada abrió su viejo paraguas y se marchó para la sede... lo más seguro es que Tomasita, la vieja que por años había cuidado la casa donde funcionaba la sede de su partido, le

guardara los patacones con queso y café con leche que tanto le gustaban. Además, la noche anterior habían hecho los tamales trifásicos con que celebrarían la “victoria roja”, y a lo mejor él sería el primero en probarlos en caso que la vieja no tuviera plátanos ni queso.

Al atravesar la plaza, le sorprendió ver a un torete y a una vaca moruna que pastaban impasiblemente como si se encontraran en medio de un potrero. ¡Era lo que le faltaba: ver justo ese día un toro marica! Nunca le habían gustado esos animales morunos, y jamás se comería un pedazo de carne de un torete sin cachos..., siempre los asoció con un hombre *capao*. Eso aumentó su creciente nerviosismo que amenazaba con convertirse en ira incontenible consigo mismo, pues le molestaba sobremanera sentirse débil y vulnerable.

¡Definitivamente, no estaba en su día!: Tomasita se había trasnochado haciendo los tamales y por primera vez en muchos años, le tocó golpear la puerta más de tres veces para que la cansada vieja despertara.

Sacó la pancarta con la foto del candidato, colgó la descolorida bandera roja en el palo que habían puesto frente a la casa y ubicó el cubículo y el escritorio en medio de la sala para que los votantes se sintieran en confianza y no tuvieran excusas para negarse a votar. ¡Estaba sin barrer, pero él prefería que la gente la encontrara sucia, antes que exponer su hombría cogiendo una escoba en sus manos!

—Ay don Juan —le dijo Tomasita— que pena que usted ya arregló la sala y yo no la he barrido, pero tranquilo, que yo le vuelvo a ubicar todas las cosas en su mismo lugar.

—No se preocupe, usted solo barra que yo los vuelvo a poner allí mismo, pero muévase que ya son las cinco y media de la mañana y no demora la gente en empezar a llegar —le respondió con contenida rabia.

—Sí señor, pero entonces le pido que me tenga paciencia

con el tinto y los patacones... —pero antes de que la vieja terminara, él la cortó en seco diciéndole que ya había desayunado en su casa.

Eran las siete de la mañana y ni siquiera el sol había podido salir: una densa neblina se había pegado a las copas de los árboles como pegajoso algodón azucarado, y la misma llovizna cansada y perezosa que suplió al fuerte aguacero nocturno, había convertido al pueblo en un cementerio olvidado sin muertos y sin dolientes: los votantes parecían haber olvidado la fecha y lo importante de esta, y presintió que todos se habían quedado en sus camas cavando su tumba...

Buscando estrategias, ordenó a Tomasita no entregarle los tamales a los copartidarios que no se acercaran en persona a votar; pero eran las cuatro y media de la tarde y aunque se había pasado una hora para darle oportunidad a que la gente se acercara, solo ocho personas incluído él y la fiel vieja, ¡cumplieron el deber patriótico que tiene todo ciudadano de elegir responsablemente a sus líderes!.

Aquel día, comprendió con rabia y tristeza, que un pueblo que consigue quien pelee por sus derechos sin que él mueva un dedo y que además se le dan “incentivos” para que sufrague; no crece críticamente y sacrifica inconscientemente a sus líderes.

¡Había perdido las elecciones!..., y aunque la mayor parte de sus 65 años los había gastado al servicio de la comunidad, ya como tesorero, inspector, fiscal o representante de la Junta de Padres de Familia ante las entidades estatales encargadas de proporcionarle los recursos a la niñez del municipio; don Juan recibió el revés político con no poca resignación, y lo interpretó como una desaprobación a su “desinteresada” e impecable gestión pública. Entonces comprendió, que el cariño y la admiración que tanto le habían profesado, no eran más que puro interés; y que la vez que su mujer tuvo que poner horarios de visitas para contener el genio que quería

verlo para solidarizarse con él por el atentado en el que por poco lo matan; no había sido más que morbo y amarillismo para ver de primera mano las heridas que le habían dejado los tres tiros que recibió en el costado derecho.

De sus lúgubres recuerdos lo sacó Tomasita, quien para resarcirse de lo que ella consideraba una falta imperdonable, le fritó un bocachico, le sancochó unas yucas y le hizo el arroz con coco que tanto le gustaban; pero por mucho que le insistió, don Juan lo dejó enfriar y cuando salió para su casa sin siquiera descolgar la empapada bandera roja y entrar la pancarta de su amado candidato; el bocachico se había muerto más de cien veces y la vieja tuvo que taparlo para que las moscas no dieran cuenta de él.

La cansada llovizna se convirtió en un fuerte aguacero y regresó a su casa completamente emparamado, con una desgastada bolsa de plástico negra de la cual no se desprendió y en la que Tomasita le había empacado un tamal, advirtiéndole de paso que era el más grande y que lo había hecho especialmente para su señora; entonces, la “atenazó” en sus manos y nunca más se volvió a acordar que tenía que abrirla para sacar el paraguas o para descargarla en algún lugar y desocupar sus manos.

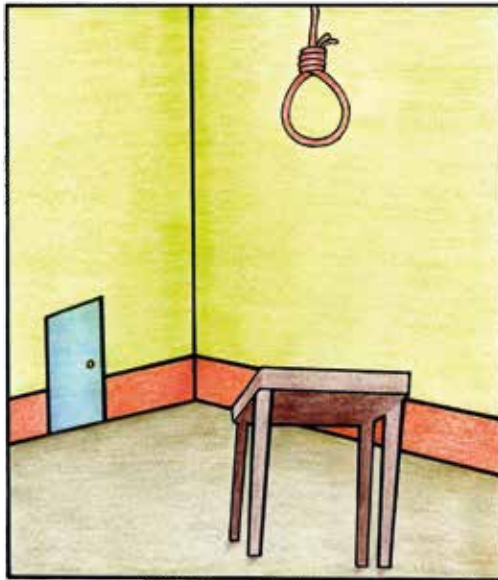
La gente que lo vio atravesar la plaza rumbo a su casa, jamás se logró imaginar la terrible decepción que lo agobiaba, ni las graves consecuencias que ello provocaría, ¡y mucho menos que “sus votos” fueran los culpables de su devastador estado de ánimo!.

Entró a su casa, se dirigió al patio y soltó con una sola mano a la marrana que había engordando durante meses para celebrar el triunfo con los copartidarios; arrastró la embarrada sogá que como un delgado arroyuelo de fango dejó una estela de mierda y barro mal oliente en la cocina y el comedor; y se encerró en su pieza para siempre.

Miró al techo: escogió la viga más gruesa y más fuerte, y la

atravesó con la soga.

Con una mano amarró un extremo de la soga a la pata de la vieja cama que estaba clavada en la tierra, y sin soltar la bolsa negra, metió su cabeza y fijó en su cuello el resbaladizo nudo corredizo donde minutos antes estuviera amarrada la vieja marrana. ¡Pero ni aún así se dio cuenta que la pesada soga seguía destilando el acuoso y fétido fango que en otro momento le hubiera descompuesto el estómago hasta hacerlo vomitar.



Arrimó la banquita que le servía de mesa de noche y la ubicó justo debajo de la viga, y sin pensarlo dos veces se subió de un salto.

Flaqueó: ¡se acordó de las muñequitas de trapo viejo flotando moribundas e indefensas en las pestilentes aguas del pozo!, y cuando estaba a punto de empujarla lo asaltaron traicioneramente los vivos y los aplausos de otras épocas y aunque siempre había logrado lo que se proponía, recordó

que aún le había hecho falta haber sido electo el alcalde de Santa Clara y por unos segundos se imaginó sentado en el despacho y luego cortando la cinta que daría por inaugurada la carretera por la que tanto había luchado y la que por fin comunicaría a la cabecera municipal con el corregimiento... ¡y los periódicos lo elegirían como el mejor alcalde del país!...; pero antes que el futuro lo emborrachara con falsas promesas, ¡empujó la banquita de una patada!

Cuando despertó, los vecinos lo habían sacado de debajo del envejecido techo de cartón encerado y de las carcomidas vigas que no aguantaron con su peso; e intentaban infructuosamente abrirle la mano para quitarle la bolsa con el tamal y a la cual se aferraba como si fuera su tabla de salvación.

—¡Lo salvó el pesado tamal, pues ningún techo en el mundo se cae por el peso de un hombre por grande que sea! — comentarían jocosamente los mamagallistas del pueblo, mientras don Juan se sentía ahora sí, ¡como un toro moruno!

...Y en medio del alboroto y el llanto de sus hijos y su mujer, otra duda lo volvió a asaltar: ¿Con cuál de los dos pies había empujado la banquita?

**Fin**

## SUEÑOS AL GALOPE

**Autora:** Deicy Daniela Montoya Z.  
Vereda El Encanto – Caicedo, Antioquia

De repente me encontré unos cuantos sueños que iban galopando hacia un lugar llamado “La Nada”; traté de seguirlos pero fue imposible seguir sus pasos ya que conducían a lugares ignotos... lugares sin sentido...; pero sobre todo porque iban desapareciendo lentamente como si quisieran cambiar su destino.

Entonces pensé que esos sueños que marchaban desolados a lugares extraños, eran sueños que nadie cultivó y por lo tanto solo se quedaron en ilusiones o tal vez en pensamientos sin mucha importancia, pues no tenían coherencia y parecían haberse extraviado de su camino...

Después vi que a lo lejos algo se acercaba, ¡era algo realmente grande!, de forma extraña y dueño de una extraordinaria energía. Esperé un buen rato a ver si se acercaba; ¡pero por más que esperé eso tan magnífico nunca llegó! Entonces decidí ir a su encuentro, pero puedo jurar que me demoré años para llegar a donde se encontraba eso tan grande y magnífico; y cuando por fin estuve bastante cerca pude ver que se trataba de algo grandioso aunque lleno de sacrificios, de ilusiones, de alegría, de lucha, de trabajo... ¡pero sobre todo de perseverancia!. Lo extraño es que en un instante todo desaparecía porque era algo inmaterial.

Sin embargo, lo que más me inquietó fue el no saber cómo podría llamarse eso tan hermoso que mis ojos habían visto, y ante mi confusión decidí ponerle un nombre comprensible y lo llamé “Sueños realizados”, porque sin que me lo dijeran, sabía de dónde provenían y a dónde querían llegar; pues

migraron a otro lugar donde podían hacerse realidad.

La deslumbrante visión continuó y sorprendentemente empecé a ver muchas imágenes que pasaban frente a mí lentamente, pero tampoco se quedaban porque hacían parte de otra realidad... ¡eran imágenes que vagaban y vagaban sin asidero alguno en el futuro. A esas imágenes tuve la libertad de llamarlas “recuerdos”; y mientras las observaba llegaron a mí unas cuantas preguntas que me hicieron replantear de nuevo el rumbo de mi vida:

¿Quién era yo?

¿En qué lugar de la evolución me encontraba?

¿Aún me faltaba seguir luchando?

¿Se logra realizar todo lo que soñamos en la vida?

¿Cuándo te niegas a ti mismo, estás renunciando a la realidad que te impone la vida?

¡Eso nunca lo supe, pero quizás solo fui un loco que existió en un lugar desconocido, un loco que trató de darle sentido a las cosas sin sentido de la vida y que se sintió feliz de hacerlo!

**Fin**



## TITO, EL GUSANO FELIZ

**Autora:** Deicy Daniela Montoya Zapata  
Vereda El Encanto – Caicedo, Antioquia

Como todos sabemos los reyes de cualquier especie se eligen por diferentes motivos: por su belleza, por su inteligencia, por ser de sangre azul, por su dinero y hasta por su ferocidad. Pero el rey de los gusanos de esta historia no era rey por ser de sangre verde -porque como todos en el mundo saben, los gusanos tienen sangre verde- sino por ser el más grande de aquel reino de blandos y alargados invidentes, donde todos se creían bellos e interesantes...

Pero el rey se sentía entre la espada y la pared, ya que había prometido en su campaña para llegar al trono, que por primera vez los gusanos del inframundo descubrirían la superficie de la tierra y a los misteriosos y extraños hombres que la habitaban y amenazaban con destruirla; por eso antes de que esto pasara, él debía cumplir su promesa.

Pero había escuchado de sus antepasados -que también habían querido hacer esa excursión a la superficie terrestre-, que en su camino se encontrarían con animales feroces y salvajes como los lobos, los tigres y los leones ¡pero ninguno tan malvado como la gallina!

Pero el rey Tito, que era un gusano que se arrastraba como cualquier otro, que durante su vida jamás se había atrevido a salir a la superficie por temor a que se lo comiera un animal tan macabro como la gallina, un buen día se llenó de valor y se dispuso a cumplir su palabra y se marchó barriga en tierra con un grupo de adolescentes y bulliciosos gusanos que se comunicaban por medio de señales químicas; y al cabo de larguísimos y eternos veinte minutos que le parecieron un

siglo, por fin pudieron salir a la superficie terrestre y, ¡fue entonces cuando todos descubrieron que eran ciegos!; pero el solo hecho de saber que otros animales y hasta los humanos los podían ver, los hacía sentirse vivos...

Después de haber descubierto y “conocido” la superficie de la tierra por espacio de largos y amañadores treinta minutos, el rey Tito estaba tan feliz que no se dio cuenta cuando sus bulliciosos compañeros entraron por el túnel y desaparecieron de la misma forma como habían emergido. Los nervios se apoderaron de Tito, y aunque supuso que había oscurecido y que era muy tarde porque empezó a darle sueño, el miedo se lo espantó. En esos instantes recordó que las feroces gallinas dormían de noche y que lo mejor que podía hacer era vagar y disfrutar de las estrellas y la luna, de las que tanto le habían hablado... ¡aunque fuera por última vez, porque de sobra sabía que al amanecer sería desayuno de gallina!

Pero cuando amaneció se llevó la gran sorpresa de su vida, ¡una tupida malla de angeo lo separaban de las infernales gallinas!; y al saber que no corría peligro decidió vivir allí el resto de su vida feliz junto con unas lombrices y otros familiares blandos, ¡hasta que un día sin más ni más se lo comió una tórtola!

**Fin**

## UN CAMBIO INESPERADO

(Febrero 3 de 2018)

**Autora:** Yaira Carolina Lezcano A.  
Vereda El Hato - Caicedo, Antioquia

Una tarde cuando el sol se escondía tras las montañas, don Raúl Cáceres venía muy pensativo, mientras recorría un estrecho caminito que había del lugar de trabajo a su casa. Había estado todo el día jornaleando donde su vecino.

—¡Ese jornal sí que es duro! —pensaba don Raúl— Todo el día hágale que hágale. Tengo que pensar en algo para salir de esta situación.

—¡Ya sé! —dijo de repente— se me acaba de ocurrir una idea.

Llegó a su casa y comenzó a relatarle a su mujer Anastasia, la idea que tenía para salir por fin de esa dura situación.

—Mija —decía don Raúl— sería bueno negociar algo con don Alonso, un viejo conocido y muy negociante que conozco, y además muchos me han comentado que han hecho negocios con él, no quedaría nada mal intentar.

—A ver, y usted ¿qué se supone que va a negociar? —dijo doña Anastasia muy seria y mirando fijamente a don Raúl.

—Pues alguna cosa..., puede ser el burrito, sí, el único burrito viejo que tenemos ahí.

—¡Ja, que negocios los suyos!, Raúl por Dios, entonces si vamos a llegar muy lejos así!...

Y sigue doña Anastasia con su parlamento y su cantaleta. Pero don Raúl no le prestó atención.

—Algo se me ocurrirá cuando hable con ese señor, a algún

acuerdo llegaremos, cualquier negocio nos inventamos — pensaba para sí.

Cierto día estando en el pueblo don Raúl pudo encontrarse con don Alonso, el negociante.

—Buenas tardes, señor don Alonso, qué bueno que lo pude encontrar, ¿Cómo está usted?

—¿Qué quiere?, dijo don Alonso sin muy buen gusto.

—Bueno, es que quiero hacer un negocio con usted y necesito que hablemos y lleguemos a un acuerdo.

—¿Y como qué clase de negocio?, dijo don Alonso de manera burlona.

—Bueno... le puedo decir más o menos qué tengo, algunas de mis propiedades y miramos cómo negociamos...

—Ah sí, —respondió don Alonso— entonces empiece por decirlo, ¿Qué tiene usted?, ganado, fincas, carros, casas...

—Mmm... pues...

—¡Dígame qué tiene...

—Pues yooo tengo...

—¿Qué? —insistía don Alonso

Don Raúl al verse así tan presionado se arriesgó y dijo:

—Lo único que tengo es un burro viejo de color café y una vaca pintada de blanco y negro, pero no pienso negociar los dos sino solo uno... a no ser que usted sea un amante del arte, porque en ese caso...

Pero don Alonso lo interrumpió bruscamente sin dejarle terminar la explicación y le dijo:

—¡La vaca, lógicamente, ¿un burro viejo para qué? ¿y arte?, yo soy un negociante y no un comprador de bobadas — respondió don Alonso— pero dígame: ¿sí está bien bonita la vaca?

—¿Bonita? Claro, ya verá usted qué colores —respondió don Raúl— diga no más cuánto me ofrece por ella.

—Vea don Raúl, conmigo los negocios son en serio y para esto debemos firmar un contrato de compraventa, y el que se quite deberá pagar dos millones de pesos. Usted nada más déjese llevar que yo sé que usted con este negocio se parará de una vez por todas.

Después de firmar la compraventa, don Alonso mirando fijamente a los ojos a don Raúl le dijo:

—Como ando ilíquido por estos días, yo lo único que puedo es cambiarle esa vaca por otra vaca; pero como la mía está mejor que la suya, usted me debe encimar una platica...

Don Raúl se quedó pensativo y comprendió que había sido estafado, pero ya no se podía patrasiar porque le tocaría pagar los dos millones. Con el ceño fruncido le preguntó:

—¿Y más o menos cuánto quiere que le encime?—

—¡Cien mil pesos! —respondió don Alonso con aire de suficiencia.

Don Raúl por su parte quedó aburrido, pero al final se resignó y aceptó el trato.

Don Alonso, que siempre se caracterizaba por hacer trampa en los negocios, fue al corral a sacar la vaca que había negociado con don Raúl, escogió la más fea y llena de garrapatas..., “¡Si le dura una semana es mucho!, pensaba este personaje con una risita sarcástica.

Al llegar la hora de entregar la vaca a don Raúl, este se quedó todavía más aburrido que antes, “me engañó este tipo”, pensó.

—Ahí tiene su vaca —dijo don Alonso con orgullo— después vengo por la mía, porque como soy un hombre de negocios voy a estar muy ocupado todos estos días.

Don Raúl no podía estar más desconcertado con lo que le

estaba pasando y doña Anastasia no podía estar más furiosa e insoportable con su cantaleta. Hasta que don Raúl se resolvió y dijo:

—A lo hecho pecho, y después de tantos esfuerzos y cuidados logró curar la vaca; pero se empeñó mucho más en sacarla adelante cuando descubrió que estaba preñada; por lo cual la llamaron Esperanza, pues esta sería la que les cambiaría un poco la situación.

—A la mano de Dios —se dijo don Raúl— esto va a cambiar con seguridad. ¡Y así fue, porque pronto Esperanza empezó a producir leche, con la cual no solo les alcanzaba para el consumo familiar, sino para hacer quesitos y otros derivados para la venta.

Por su parte, doña Anastasia no podía estar más contenta y le decía a su marido:

—Ay mijo, usted sí que sabe negociar, y se deshacía en flores con él.

Obviamente don Raúl también estaba muy contento, sobre todo después de un tiempo en que empezaron a tener buenas ganancias.

Una mañana cuando don Raúl y doña Anastasia estaban disfrutando de una taza de leche caliente, llegó don Alonso y de una manera descarada le dijo:

—Don Raúl, vengo por mi vaca, la que usted me prometió..., me imagino que esa otra que yo le di, ya se le murió.

—¿Por qué dice eso, don Alonso? —preguntó don Raúl.

—Porque la pobre estaba bien garrapata, apestada y desnutrida...¡apenas si la sostenía el mero cuerito!, eso no valía un peso —replicó don Alonso.

—Ah, bueno, menos mal que lo reconoce porque así quedamos a mano, porque acuérdesese que yo le di una platica de encima... —dijo don Raúl.

—No señor —respondió autoritariamente el negociante— me tiene que entregar la vaca pintada que usted me dijo.

—Está bien —le respondió muy calmadamente don Raúl— Mija, traiga la vaca pintada y entréguesela a don Alonso.

Sin perder tiempo, doña Anastasia a toda prisa se hizo presente trayendo consigo una vieja lámina y extendiendo las manos le dijo a don Alonso:

—Mire, aquí está...

—¿Cómo así? —preguntó furibundo don Alonso.

—¡Don Alonso, esta es! —se reafirmó don Raúl.

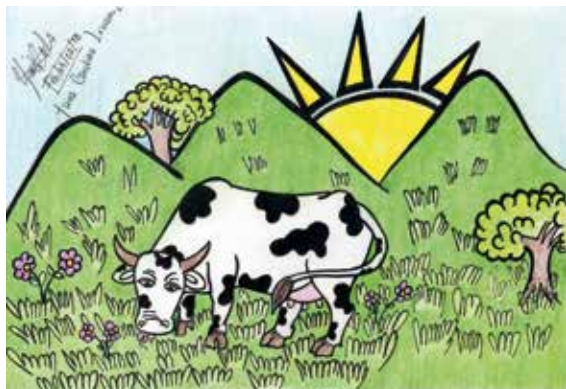
—Pero si esto es una pintura —respondió a gritos don Alonso.

—Por lo mismo don Alonso, mire no más la imagen qué bonita está, ¡es una vaca pintada!

—Usted me hizo trampa —dijo todavía más airado don Alonso.

—Que pena con usted —respondió don Raúl— yo le iba a explicar que era una vaca pintada y usted me interrumpió; por lo tanto le entrego lo que usted mismo eligió: ¡una vaca pintada!

**Fin**



## UN PATO CON DOS PATAS

**Autora:** María Eugenia Palacio Pulgarín  
Vereda El Encanto - Caicedo

En un pantano pastoso vivía un pato vanidoso, que se creía infeliz aunque vivía con dos patas, pero él consideraba que eran patonas y feas, y por eso con descaro coqueteaba a todas las patas; sin medir que con su actitud, estaba metiendo las patas.

Entonces decidió cambiar una pata por otra pata, y para hacer el negocio habló con su amigo El Patón.

Pero al pasar unos días y observar a su nueva pata, descubrió demasiado tarde que su pata era más patona, y que con esta otra pata tendría patos patones.

Y es que se creía mucho por ser el menos patón, y por eso rechazaba a patas que fueran patonas.

—Dejá esa patanería —le decían otros patos— unite a nuestra patota y viví la vida loca, fijáte que ya estás viejo, y te vas a quedar sin patas, porque con ninguna quieres tener ni patos ni patas.

—Yo no soy ningún patán,  
que eso les quede claro,  
solo quiero que en el mundo  
vivamos los más papitos;  
para que nadie nos diga,  
que un pato así sea bonito  
y aunque nade como un cisne,  
¡es feo por patoncito!

**Fin**



## UNA PROPUESTA ANODINA

**Autora:** Leidy Daniela Vargas  
Vereda El Encanto, Caicedo - Antioquia

Aunque la palabra “PAZ” es un monosílabo sencillo de tan solo tres letras, es tal vez una de las palabras -junto con amor y justicia- más apetecidas y deseadas por la humanidad entera... ¡y eso lo sabía don Josué!, un campesino de la vereda La Piñuela, que se enorgullecía de decir que él no había nacido moreno, sino que el sol de tierra fría le había madurado la piel y la violencia le había chamuscado el alma.

Don Josué había trabajado el campo toda su vida para conseguir el sustento de su familia, y aunque había probado con toda clase de alternativas que iban desde las gallinas hasta los marranos y la ganadería; ya en su vejez las fuerzas apenas si le alcanzaban para mantener y administrar una pequeña huerta con repollo, zanahoria, remolacha, cebolla y cilantro; unas cuantas gallinas y dos vacas viejas que daban más lástima que leche.

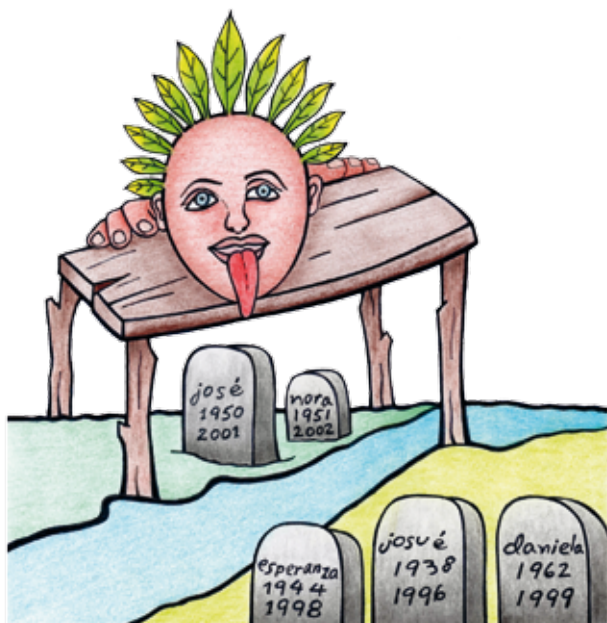
Un día cualquiera que las fuerzas no le acompañaron para madrugar y decidió quedarse unos minutos más en la cama; escuchó por las noticias que hablaban de “la paz”, y como él nunca había conocido ni experimentado lo que era vivir tranquilamente porque desde que era un feto le había tocado desplazarse y esconderse en refugios más secretos que el vientre de su madre, le llamó la atención lo que hablaban al respecto y por eso pensó que se trataba de un nuevo producto que saldría al mercado.

Ese día escuchó y aprendió por lo menos una nueva palabra “anodina” y aunque no supo el significado, se imaginó que era algo insignificante que no llegaría a ninguna parte.

Después de ese día se dio cuenta que todos en la vereda hablaban del tema: unos a favor y otros en contra, ¡pero todos opinaban!

—¿Y usted qué opina, don Josué? —le habían preguntado más de una vez; pero temeroso de la reacción que pudieran tomar contra él los extorsionistas del grupo armado que lo había vacunado durante años; mantenía su boca cerrada, pues la experiencia le había enseñado a ser desconfiado, ya que de sus pocas fuerzas también salía la “cuota patriótica” una “contribución libre y espontánea” -como la de tantos otros en la vereda-, para ayudar a sostener al ejército, ya que el gobierno decía que si lo enviaba para que los defendiera de los grupos subversivos, ¡ellos estaban en la obligación de ayudar con su manutención!

—Es una propuesta anodina —repetían todos los días en las entrevistas los políticos que se oponían a que se dialogara con los grupos subversivos.



—No podemos seguirnos matando toda la vida y es mejor una paz imperfecta a una guerra donde no se sabe quién será el vencedor y en cuanto tiempo lo pueda lograr —decían los defensores de los diálogos.

Entonces, don Josué que siempre había sido un hombre sumiso y trabajador, que ni aún en sus años de juventud supo lo que era ser rebelde; comenzó a sentir rabia y el temor que lo había paralizado toda la vida se convirtió en rebeldía, ¡y un buen día decidió que las “vacunas” se habían acabado!, que ya era hora que él también hiciera algo por la paz.

Después de golpearlo brutalmente y acusarlo de pertenecer al bando contrario; lo amarraron de las manos y lo arrastraron varios kilómetros por entre pastizales y caminos pedregosos, y por último lo mataron a garrotazos. Se dice que lo dejaron tan desfigurado, que ni doña Esperanza —su mujer— ni su hijo Daniel, lo pudieron reconocer cuando se los entregaron en el hospital; pero en el parte médico figuraba que había fallecido de “muerte natural”.

—Esto tiene que denunciarlo —le había aconsejado Valeria, una abogada defensora de los derechos humanos, a doña Esperanza.

—Definitivamente en esa familia todos se están volviendo locos por escuchar tanto radio —le respondieron a doña Esperanza en la oficina gubernamental donde fue a hacer la denuncia.

—Primero fue el marido y ahora es la viuda, no demora mucho para que también se le corra la teja al hijo. Ellos nos obligan, hay que echar mano del plan “B” —concluyeron ese día en la comisaría del pueblo.

Y en efecto, al otro día la bomba solo dejó en pie un antiguo pino que de lo mero fino se negó a caer, aunque no le quedó una sola hoja encima. De la antigua casona solo quedó un montón de tierra ennegrecida, ¡y eso que sus paredes estaban hechas de tapias de más de sesenta centímetros de

espesor, a las que el tiempo ya casi había petrificado!

—La paz solo se consigue a punta de plomo —le había dicho el capitán del ejército el día que doña Esperanza le pidió protección para ella y su hijo— pero como ustedes los campesinos creen que conversando se arreglan las cosas, ahí está su marido y su casa, para que se acabe de convencer que hoy en día la palabra ya no vale nada.

—¿Cuántos años más tengo que cumplir para poder conocer la paz? —fue la única pregunta que Daniel se atrevió a hacerle al capitán; pues por su mirada se dio cuenta que no hacía falta la respuesta y que si quería “conocer” y experimentar la paz, debía abandonar su tierra antes de que la muerte “natural” de la que había “fallecido” su padre, le negara la posibilidad de disfrutarla; ¡pero ahora más que nunca, acababa de comprender que la paz jamás existirá si se consigue a la fuerza, así los justos o los que supuestamente están respaldados por una constitución, sean los vencedores!

**Fin**

## VIVIRAS VIOLETA

**Autor:** Jorge E. Sánchez C.

Vivirás Violeta  
Verde victoriosa  
Viendo verdes valles  
Vistiendo vistosa.

2

Vencerás Violeta,  
Valiente, virtuosa  
Vislumbro venturas  
Venus vagarosa.

3

Volarás Violeta  
Vital, vaporosa  
Verás viejos vientos  
Violeta valiosa.

4

Verterás verdades  
Veraz, vigorosa  
Voceando versos  
¡Vivencias valiosas!

**Fin**



## LISTA DE ESTUDIANTES QUE PARTICIPARON EN LA ELABORACIÓN DE LOS CUENTOS

	<b>AUTOR</b>	<b>TÍTULO DEL CUENTO</b>
1	Nancy Alcaraz Graciano	Colombia es Pasión
2	Luceli Alcaraz Graciano	El corazón de la roca
3	Luis Fernando Berrío González	Recuperando las garras
4	Ana Cristina Montoya Serna	El segundo mejor amigo del hombre Cambios externos
5	Jessica Fernanda Montoya Zapata	Que viva el machismo Cuánto pesa la sombra El comején ilustrado Escrito sobre la diferencia
6	Deicy Daniela Montoya Zapata	Sueños al galope Tito el gusano feliz Escrito sobre la diferencia
7	Adriana María Montoya Arias	La guerra suma, la paz resta El alma de los animales
8	Raúl Rodríguez Tamayo	La inmortalidad de la vida
9	Paola Andrea Moreno Guzmán	El río que corría para arriba
10	Yaira Carolina Lezcano Arroyave	Un cambio inesperado
11	Leidy Daniela Vargas Urrego	Una propuesta anodina
12	Francela Palacio Rueda	Bajo la sombra de los guamos Ateneo y su reflejo Escrito sobre la diferencia
13	Francined Palacio Rueda	Lo que nos hace diferentes
14	María Eugenia Palacio Pulgarín	Un pato con dos patas
15	Jorge E. Sánchez Caballero - Docente	Salvado por un tamal Han secuestrado a mi muñeca El apostador Vivirás Violeta

Este libro se terminó de imprimir  
durante el mes de mayo de 2019  
en los talleres de Apotema S.A.S.,  
con un tiraje de 100 ejemplares.  
Medellín - Colombia